

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

CORRUPCION

Albert
Rosbunda



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Cuando volví a ver a Martha Caldwell, después de varios meses de total separación, me alarmé enormemente.

Nos habíamos conocido un año y pico atrás. Por esas fechas, James Simpson, que trabajaba como gerente de una conocida empresa de productos detergentes y que a la vez era amigo mío, requirió mi ayuda para la patrocinación de un concurso para cantantes noveles. Por supuesto, con fines publicitarios. Mi colaboración, como dueño del «*Play Club*», un local con buena faena en Brooklyn, donde habían trabajado importantes artistas, consistía en proporcionarle un contrato por una semana al vencedor o a la vencedora, así como formar parte del jurado.



Albert Rosbund

Corrupción

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1599

ePub r1.0

Lds 04.02.19



Título original: *Corrupción*

Albert Rosbund, 1981

Cubierta: Jorge Núñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando volví a ver a Martha Caldwell, después de varios meses de total separación, me alarmé enormemente.

Nos habíamos conocido un año y pico atrás. Por esas fechas, James Simpson, que trabajaba como gerente de una conocida empresa de productos detergentes y que a la vez era amigo mío, requirió mi ayuda para la patrocinación de un concurso para cantantes noveles. Por supuesto, con fines publicitarios. Mi colaboración, como dueño del «*Play Club*», un local con buena faena en Brooklyn, donde habían trabajado importantes artistas, consistía en proporcionarle un contrato por una semana al vencedor o a la vencedora, así como formar parte del jurado.

Ya lo han adivinado. Apuesto a que sí. Martha Caldwell fue una de las concursantes. No sólo eso, sino que también fue la ganadora indiscutible. Tenía veinticuatro años, era alta y bien proporcionada, con unos cabellos largos y rubios y unos preciosos ojos verdes. Poseía una voz suave, cálida, que en seguida prendió en el público y en todos los que integrábamos el jurado.

Al principio nuestra relación fue meramente profesional: ella era una empleada y yo el patrón. La verdad es que no me fijé mucho en ella, pues por ese entonces tenía una gran preocupación: conseguir que la gentuza de Frank Tuttle dejara de incordiar-me.

Hablar de Frank Tuttle podría llevar varias páginas. Para hacerse una idea baste decir que Frank Tuttle era el propietario de una importante cadena de clubs, así como también tenía fuertes intereses en media docena larga de locales de diversión y juego. Yo era independiente, el negocio me iba muy bien y él quería ponerme bajo su yugo. Ultimamente me estaba haciendo la vida imposible, incluso llegando a la amenaza. Y si iba a la policía, todo sería peor.

Respecto a Martha Caldwell, ocurrió que su éxito se multiplicó durante la semana de actuación en mi club. Lógicamente, opté por prorrogarle el contrato, cosa que ella aceptó encantada.

No sé por qué decidí que debíamos celebrarlo juntos esa noche. La invité a cenar, pero desgraciadamente la velada no fue muy agradable porque unos anónimos sujetos me destrozaron el coche. La tuve que llevar a casa, excusarme, y luego presentarme en el Precinto para formular la correspondiente denuncia, como mero trámite, sabía que no conseguiría nada.

A partir de entonces ella se interesó vivamente por el asunto y eso, en cierta manera, nos empujó a estrechar más nuestras relaciones. Sin apenas darnos cuenta, acabamos convertidos en amantes.

Martha Caldwell pasó a ser una actuación fija en el club. Todas las noches deleitaba a la cliente con un par de canciones. Gustaba.

Gustaba tanto, que incluso llegó a recibir ofertas de testafierros de Frank Tuttle. Por supuesto, las rechazó todas. Y a partir de ese momento me quedé un tanto preocupado porque la gentuza aquélla dejó de acosarme. ¿Por qué?, no cesaba de preguntarme.

Por otro lado, lo nuestro, lo de Martha y mío, se solidificaba cada vez más. Incluso en algún momento llegamos a hablar de matrimonio.

Pero...

Una noche que había quedado citado con el representante de un ilusionista para firmar contrato, tuve que volver inopinadamente a mi despacho para recoger unos papeles que había olvidado. Rebuscando en los cajones, ¡oh, sorpresa!, me encontré con un curioso paquetito que no recordaba de nada.

Lo abrí, preguntándome de dónde demonios habría salido. Dentro había un polvo blanco que me hizo fruncir el ceño. Mucho más cuando tomé un poco de aquel polvo con los dedos y lo probé con la punta de la lengua.

¡Heroína!

Me quedé sentado en el sillón giratorio, pensativo, hondamente preocupado, mirando el paquetito de marras. ¿Por qué estaba allí? ¿Quién lo había colocado? ¿Con qué fin?

Entonces se abrió la puerta y apareció Ben Matthews, uno de mis empleados.

—Jefe, la poli acaba de llegar.

—¿Eh? —Respingué.

—Hawkins está con ellos. Traen orden de registro.

Un chispazo se produjo en mi cerebro.

—Entretenedlos un instante.

—Okay, jefe.

Nada más desapareció Matthews, corrí hacia el lavabo y eché todo el contenido del paquete en el inodoro, tirando a continuación de la cadena. Mientras, sacaba algunas conclusiones. Estaba claro que todo era una trampa. Eso era lo que estaba tramando la gentuza de Tuttle. Confiaban en que yo no estaría y no descubriría el paquetito. Se presentaba una denuncia anónima y a esperar que la policía cumpliera. El cierre del local sería inmediato. También mi ruina.

Cuando recibí a los policías, no opuse ninguna resistencia, mostrándome amigable, dispuesto a colaborar en todo. Confiaba que no hubiera más paquetitos sorpresa. Los tipos cumplieron su encargo y, bastante mosqueados, se fueron con el rabo entre las piernas.

Ya no acudí esa noche a la firma del contrato, la pospuse para más adelante. Detrás de todo adivinaba la mano de Frank Tuttle, pero ¿cómo probarlo?

Aunque había algo que me inquietaba mucho más: ¿quién lo había colocado? El despacho sólo estaba al alcance de la gente de confianza. ¿Quién de ellos era un traidor?

Llamé a Hawkins, el encargado general, un tipo grandote, con pinta de ogro, y le pregunté quién había entrado en el despacho mientras yo había estado fuera.

—Pues... no recuerdo a nadie... Bueno, sí, la señorita Caldwell entró un momento...

—¿Ella? —Parpadeó asombrado.

—Sí, señor. Le dije que usted no estaba, que acababa de salir, pero prefirió asegurarse —hizo un encogimiento de hombros como dando a entender que no comprendía su comportamiento.

—Gracias, Hawkins.

Aquello me dejó aplanado, consternado. Me quedé en el despacho, fumando y pensando, sin siquiera molestarme en asistir a la actuación de ella.

Cuando terminó apareció por el despacho.

—Jack, ¿qué te ocurre? —me preguntó—. ¿Por qué te has encerrado aquí?

—Martha —dije suavemente, observándole entre el humo—, ¿estuviste aquí antes?

—Sí —asintió en seguida.

—¿A qué?

—Quería saber si estabas.

—Hawkins te dijo que había salido.

—Bueno, no me fíe mucho de él. Es torpe. Pero no entiendo, querido. ¿Qué sucede? Lancé una bocanada de humo antes de contestarle. Ella parecía tranquila, nada temerosa.

—Alguien colocó aquí una bolsita de heroína. Menos mal que la descubrí antes de que entrara la policía y pude deshacerme de ella.

Martha me miró fijamente.

—¿No pensarás que yo...? —comenzó a decir.

—Sólo tú entraste en el despacho mientras estuve fuera, Martha. Hubo un cambio en sus hermosos ojos verdes.

—¡Jack! —gritó.

—Últimamente tuviste contactos con gente de Tuttle... —recordé.

—Yo misma te lo comenté. Querían contratarme. Si hubiera sido otra cosa, no te lo habría contado.

—Hum.

—Jack, cómo has podido... —Se detuvo, observándome con detenimiento—. No me crees, lo veo en tu mirada.

—Alguien... —empecé a decir.

—¡Me voy! —cortó ella abruptamente. Y sin más, dio media vuelta, saliendo disparada.

—¡Martha! —llamé.

Pero no me hizo el menor caso. Dos días más tarde supe que había firmado contrato con Morgan Baxter, el dueño del «Candy Club», otro tipo independiente como yo y que también atravesaba problemas. Desde luego, no había acudido a la gente de Frank Tuttle. Eso me dejó preocupado.

Y me di a todos los diablos cuando una semana después Ben Matthews entró en el despacho febrilmente.

—Jefe.

—¿Qué sucede? —Levanté la vista del libro de cuentas que revisaba.

—Agárrese.

—Vamos, escupe.

—Han visto a Hawkins en compañía de Elmer Gantry.

—¿Qué? —salté del asiento.

—Fue mi chica, Betty, ya sabe que trabaja como corista. Les vio compartir un reservado en el «Marathón». Le extrañó mucho porque ella conoce a los dos. ¿Cómo podía estar Hawkins en amigable compañía con uno de los brazos fuertes de Frank Tuttle?

—¡Maldito! —mascullé, rabioso—. ¡Era él! ¡Bien me la jugó, el hijo de perra! Rápidamente pensé lo que debía haber sucedido. Vio entrar a Martha en el despacho y llegó a la conclusión de que ella le podía ofrecer una perfecta coartada. El entró a continuación, sin que nadie le viera, colocando el paquetito.

—¿Qué vamos a hacer? Pruebas...

—Se la vamos a jugar igual —farfullé—. Compra un sobrecito de heroína a cualquier vendedor callejero, météselo en la chaqueta a Hawkins y luego pega el chivatazo a la policía. Veremos qué gracia le hace.

—No está mal, jefe —se fue riendo.

Yo no tenía ganas de reír. El presentimiento que tenía se había confirmado: me había precipitado con Martha, estropeando nuestra relación.

Decidí ir a verla.

No había cambiado de domicilio, continuaba viviendo en un edificio de apartamentos de Knapp Street, cerca del Marine Park. Me abrió la puerta ella misma.

—Hola, Martha —saludé.

Ella no se movió del sitio, cerrándome el paso. Su semblante se oscureció al reconocerme.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a... a disculparme. Me equivoqué. Hawkins me la jugó y...

—Así que es eso.

—Sí. Lo lamento, Martha, de veras. Yo no...

—¿Qué pasa, Martha? —Apareció de pronto Morgan Baxter por detrás de ella. Era un sujeto alto, delgado, de una edad aproximada

a la mía, treinta y dos o treinta y tres años—. Oh, usted, Taylor —sonrió—. ¿Quiere recuperar a la chica? Le será difícil. Su contrato es largo.

No repliqué nada. Apreté los labios, di media vuelta y me largué. El único consuelo, pobre consuelo, que me quedó fue saber que Hawkins había sido enchironado. A Martha no la volví a ver...

Hasta que de pronto irrumpió en mi despacho, temerosa, la faz descompuesta por culpa de una llamativa tumefacción, un ojo completamente negro.

Parecía que le habían propinado una paliza.

CAPÍTULO II

—¡Martha! ¿Qué te ha pasado?

Las palabras brotaron espontáneamente de mi garganta, sin necesidad de saludos o preámbulos. De nuevo estábamos juntos, frente a frente, y parecía que tan sólo habían pasado unas cuantas horas.

Ella cerró la puerta y apoyó la espalda en la hoja de madera, respirando agitadamente.

—Oh, Jack, esa bestia iba a destrozarme...

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

—Morgan Baxter.

Me quedé extrañado.

—¿Baxter?

—Sí, él. ¡Ha sido horrible!

Me aproximé a ella, tratando de calmarla. Luego le ofrecí asiento y una copa de *whisky*.

Bebió el licor de un solo trago.

—¿Quieres que avise a un médi...?

—No.

—Esos hematomas...

—Se pasará. No es grave, aunque algo aparatoso.

De momento se quedó contento con esto. Pero a la próxima, ha jurado pisotearme las costillas.

—Maldito cerdo —mascullé—. Nunca pensé que Baxter pudiera ser de esa clase.

—Yo tampoco.

—¿Y por qué te ha golpeado?

—Aparentemente, por una tontería. Pero estoy segura de que

hay algo más.

—¿A qué te refieres? Todo esto me suena muy raro. Por lo que oí decir, tú y Baxter os entendíais a las mil maravillas. ¿Cómo es posible que de repente haya estado a punto de romperte la cara?

—¿Te has interesado por mí?

Me miraba fijamente.

—Bueno, curiosidad...

—Oh.

—Anda, cuéntame.

—Primero lléname la copa otra vez, por favor.

Lo hice, se la entregué y tomé asiento en un borde de la mesa. La vi beber con cierta ansiedad, en silencio. Luego sus ojos fueron cobrando un fuerte brillo.

—Es cierto que al principio las cosas fueron bien entre los dos —empezó a relatar, una vez apuró la copa—. Siempre me ocurre así —agregó con pesar, volviendo a mirarme con fijeza—. En fin..., últimamente nos habíamos distanciado, cada uno se dedicaba a su trabajo, él apenas se ocupaba de mí. Se encontraba muy nervioso. A veces se lo recriminé. El lo achacaba a su negocio, no le iban bien las cosas...

—¿Ah, no?

—Frank Tuttle le estaba acosando. Y en estas últimas semanas recibió la visita de alguno de sus hombres. Creo..., creo que se han asociado. Pero no me hagas mucho caso. No es una noticia comprobada.

—No es de extrañar, si las cosas le iban realmente mal. Tuttle siempre está al acecho.

—¿A ti cómo te va con él?

—Desde lo de Hawkins, no me ha vuelto a molestar. Supongo que se ha ocupado de otros, por ejemplo, Baxter, gente más fácil de roer. Sigue con tu relato.

Martha se removió nerviosa en el asiento.

—Bueno, como te decía, nos limitábamos a nuestro trabajo, cada uno cumpliendo con su cometido. De pronto anteayer se mostró muy amable conmigo, más de lo acostumbrado.

—Quería algo.

—Exacto. ¿Me das otro *whisky*?

Vacilé.

—De veras que lo necesito.

—De veras que lo necesito.

En esta ocasión fui al mueble bar a por la botella y le serví directamente.

—¿De qué se trata? —le pregunté al mismo tiempo.

Ella dio un breve sorbo y respondió:

—Un favor personal, me dijo, el cual me lo agradecería siempre, incluso me prorrogaría el contrato cuanto quisiera. Según él, uno de sus asiduos clientes al tinglado de apuestas ilegales...

—¿Apuestas ilegales?

—Sí. Es algo que descubrí hace poco. Morgan lo tiene montado en la parte posterior del club. Se entra por los servicios. Sólo para gente selecta y de confianza.

—¡Vaya con Baxter!

—Pero yo no soy una chivata. A mí me da igual. No voy a delatarle a la policía.

—Desde luego.

—Bien —bebió otro sorbo—, como te decía, uno de sus clientes asiduos manifestaba estar enamorado de mí, quería conocerme, tomar unas copas, charlar un rato... Un poco de alterne, vamos. Eso no es lo mío, así se lo dije, pero él insistió machaconamente. Quería tener contento a ese cliente. Incluso llegó a suplicarme.

—Aceptaste, ¿no?

—En efecto. Pero antes puntualicé bien las cosas. Nada de extralimitaciones. Por supuesto que no me replicó, se trata de un caballero.

—¿Y?

—Nos vimos en un reservado después de mi actuación. Morgan lo preparó todo muy bien, bebidas, ambiente... El hombre en cuestión era un sujeto de unos cuarenta años, de estatura normal, algo corpulento, pelo castaño liso, facciones angulosas y ojos oscuros. Vestía con cierta elegancia y dijo llamarse Andy. Sólo Andy. En todo momento se mostró cordial, agradable, bebimos, charlamos de temas intrascendentes... —Hizo un alto para beber un poco más de *whisky*—, y de pronto no supe mucho más.

Arrugué el ceño.

—¿Qué pasó?

—Eso me gustaría a mí saber —forzó una sonrisa—. Es como si

de repente me hubiera dormido. No recuerdo nada. Absolutamente nada.

—Pero despertaste...

—Oh, sí. Y continuaba allí, en el reservado, junto al tal Andy. También se encontraba Morgan, en plan bonachón y simpático, recriminándonos la borrachera que habíamos cogido e informándonos que ya era la hora de cierre. Mi enamorado también estaba medio atontado como yo, tal vez más. Se excusó por unas palabras ininteligibles y se alejó en compañía de un par de empleados de Morgan.

—¿Y tú?

—Todo el rato estuvo muy amable conmigo Morgan, agradeciéndome los servicios prestados. Esperó a que me recuperara del todo y luego me acompañó a casa, dándome nuevamente las gracias. La verdad es que esa noche no dormí pensando en lo que había sucedido.

—¿Qué hay de raro en ello? —pregunté—. Estuviste con un tipo, bebisteis más de la cuenta y os quedasteis dormidos como benditos.

—Sí, eso es lo que parece.

—¿Y no ocurrió así?

—Pues... yo no bebí tanto como para quedarme dormida. No, seguro que no. Además, habría notado la modorra, la recordaría. Todo fue muy... fulminante.

—Ajá.

—Eso fue lo que me hizo ver a Morgan al día siguiente, y él se mostró muy ofendido. Se defendió atacándome, prácticamente poniéndome como una mal pensada. Le dije entonces que me gustaría ver al tal Andy, pero me replicó que eso no podía ser porque no estaba, y no quiso darme su dirección porque no tenía por qué molestarlo. Lo volverás a ver por el club, fue lo último que me dijo.

—¿Lo viste?

—No. Y seguí recapacitando sobre lo sucedido. Al final llegué a una conclusión.

Nuestras miradas se encontraron. Yo aventuré:

—¿Te habían drogado?

—Exacto. Tanto a él como a mí. Debieron poner algún narcótico de efecto rápido en la bebida.

—¿Y se lo dijiste a Morgan?

—Sí. No lo medité demasiado, es la verdad. Debía haber sido menos impetuosa, más fría y cerebral. Y en cuanto Morgan me escuchó, se puso hecho una furia y comenzó a golpearme, como un loco, amenazándome con destrozarme si iba diciendo por ahí esas cosas. Cuando logré que me dejara en paz, tras pedirle perdón, no me lo pensé mucho y... y vine acá. Oh, Jack, necesito tu ayuda. No me fío de Morgan. Creo que algo trama.

—¿Qué?

Ella apuró la copa.

—No lo sé —dijo luego con evidente pesar—. Pero nunca le había visto así de esa forma, tan fuera de sí, como si se viera en peligro. En sus ojos... en sus ojos leí deseos de eliminarme. Por eso tomé la decisión de abandonar su club y no quiero ir a mi casa. Estoy verdaderamente aterrorizada. En cualquier momento puede arrepentirse de haberme dejado en libertad y...

—Vamos, Martha, tranquilízate. A mi lado no corres peligro alguno.

Me acerqué a ella, retirándole la copa. Una de mis manos acarició sus cabellos.

—He venido a ti porque... porque no se me ocurría otra persona. Sé que puedo confiar en ti, Jack. Aquello...

—Aquello fue todo un malentendido. Me dejé llevar por las palabras de Hawkins.

—Por mi parte está olvidado.

—Gracias.

Casi sin proponérmelo me encontré besando dulcemente sus hinchados labios.

—Ven, te llevaré a mi casa. Allí estarás más segura y te podré hacer una cura por encima. —Sí, Jack.

Salimos del club, tras dejar a Matthews al cargo de todo, trasladándonos a mi domicilio en el «Buick» de mi propiedad.

Tenía una casita en Quentin Road, cerca del cruce con la Gerritsen Avenue. Nada más llegar allí, lo primero que hice fue ocuparme de las lesiones de Martha, las del rostro, las más llamativas, y las del resto del cuerpo. Cada vez que ella descubría una parte de su anatomía y veía uno de aquellos moretones, mis dientes rechinaban. Finalmente, una sorda rabia se apoderó de mí.

—Voy a ir a ver a Baxter —decidí de pronto.

—Oh, no —exclamó ella asustada—. Sabrá que lo he contado y...

—Y me dirá que se lleva entre manos. Hay que saber jugar las cartas, Martha. Tienes algo a tu favor: el tinglado de apuestas ilegales. Verás como conmigo tiene otros modales...

—No quiero quedarme sola.

—Aquí nada has de temer. Si llaman por teléfono, no lo cojas. Si tocan el timbre de la puerta, no abras.

—Jack, lleva cuidado —me cogió de las manos—. Estoy convencida de que algo grave sucede, y Morgan, enfurecido como está, puede resultar un mal enemigo.

—Se calmará. No te preocupes. ¿Está en su local?

—Allí le dejé.

Depositó otro beso en sus labios, ella me soltó y me alejé hacia la salida.

Entre mis ideas, danzaba la de devolverle golpe por golpe a Baxter.

CAPÍTULO III

El club de Morgan Baxter se encontraba en el barrio de Flatlands, en una esquina de la Avenida L. Era un local amplio, limpio, elegante, muy parecido al mío. No había mucha concurrencia esa tarde.

Nada más entrar traté de localizar a Baxter, pero no le vi por ningún lado. Me acerqué entonces a la barra y pregunté por él.

—Creo que no está —me contestó uno de los *barmen*, alto y rubio.

—¿Seguro?

Su compañero, que estaba con el oído atento, pues tenía poco trabajo, fue el que contestó:

—Dos tipos estuvieron preguntando por él no hace mucho y se largaron sin verle. Escuché a Freddy decirles que no estaba. Claro que a lo mejor lo hizo por orden suya.

Desde luego nosotros no le hemos visto pasar por aquí, camino de la salida...

—Gracias, chicos.

Dejé una propina que agradecieron con una sonrisa. Iba a dar media vuelta cuando sonó una voz a mi derecha:

—¿Cómo usted por aquí, Taylor?

A cada lado mío se colocó un sujeto. Uno era lo más parecido a un gorila; el otro espigado, de facciones regulares, elegante, era el que había hablado. Se trataba de Freddy Burton, al encargado del club. Nos conocíamos de vista.

—Busco a su jefe —le dije.

—¿Para qué?

—Es cuestión personal.

—¿Ah, sí? ¡Vamos!

El gorila ya me amenazaba a través de un bolsillo de su chaqueta. Freddy me tomó de un brazo e inició el camino hacia una puerta donde se leía PRIVATE en letras negras.

Me dejé llevar hasta un funcional despacho. Allí Freddy me dio un empujón, lanzándome contra una de las paredes, y masculló:

—Apuesto a que la chica le ha ido con el cuento, ¿eh?

—Sabes mucho, Freddy.

—Sólo un poco —sonrió.

—Entonces prefiero hablar con el jefe.

—Se marchó.

—Hum. ¿De veras?

—¿No se fía de mi palabra?

—Me dijeron que no le vieron salir.

—Buck y Henry tienen la lengua muy larga. Es cierto. No le vieron salir porque se marchó por la puerta trasera. A mí también me sorprendió. Estuvieron dos amigos a verle, le busqué aquí, en el despacho, y no estaba. Entonces supe que se fue por detrás. —¿Sin avisarle?

—Así es.

—Qué extraño.

—Es el jefe. Puede hacerlo.

—De acuerdo.

—Y yo soy el encargado del club, Taylor. Dígale a Martha si la ve que tiene un contrato firmado que ha de cumplir. La esperamos aún para esta noche.

—No creo que venga.

—Le conviene venir. No fue para tanto. Discutió con el jefe y se llevó unos golpes. Últimamente el jefe está algo nervioso, posiblemente se sobrepasara, pero por ahora todo tiene solución.

—¿Es una amenaza?

—Dígaselo así.

—Tal vez usted sepa por qué Baxter la golpeó.

—Una discusión. Desconozco los detalles. Yo me encargo del local. Y esta noche tiene que actuar, hay público que viene por verla.

—No está en condiciones.

—El maquillaje lo pondremos nosotros —rió—. Quedará perfectamente.

—Es usted un cerdo —le espeté.

Freddy endureció el gesto de su rostro, únicamente eso. El gorila fue quien se movió y me atizó en el estómago. La respiración se me cortó de golpe.

—Recuerde que no está en su club, Taylor —advirtió Freddy—. Ya hemos hablado bastante. Hale, fuera.

Le miré con las facciones contraídas por el dolor.

—¿No sabe adónde fue Baxter?

—No. Y si lo supiera, no se lo diría. Ya le comunicaré al jefe que estuvo aquí. Pero no creo que le interese conversar con usted. ¡Largo!

Di dos pasos hacia la puerta para confiarlos y de pronto giré levantando una pierna. Fue una patada perfecta, pues alcanzó en plenos genitales al gorila. Acto seguido, mientras se retorció bufando, le coloqué un gancho que lo dejó tirado en el suelo, inconsciente.

Freddy Burton ya movía su mano hacia la axila. Cogí lo primero que vi a mi alcance, un pesado cenicero de cristal que había sobre la mesa, y se lo lancé.

El impacto le dejó medio atontado, tambaleante, con una llamativa brecha en la sien izquierda. Un hilillo rojo le corría ya por la mejilla.

Me abalancé sobre él, desposeyéndole del arma. Luego le tomé por la pechera.

Desorbitaba mucho los ojos, la sangre ya manchando su elegante traje.

—¿Adónde fue Baxter?

—No lo sé... —balbuceó—. Lo juro...

—¿Adónde? —insistí, sacudiéndole.

—Lo juro... Juro que no lo sé...

—¡Maldito! ¿Quiere que le deje la cara que ni con maquillaje se la puedan arreglar? —Sólo sé lo que le he contado, Taylor. De veras. El jefe se marchó por la puerta trasera sin avisar a nadie.

—¿Y cómo se enteró?

—Por Smoky, un borracho que suele dormir la mona junto a los cubos de las basuras. Le vio salir y subir a un «Ford Mustang» color azul. Un tipo estaba al volante, esperándole.

—¿Quién?

—No le reconoció. Su vista ya no es buena para detalles, aparte el alcohol que siempre lleva encima.

—Vale. Acepto eso. Ahora cuénteme por qué Baxter golpeó a la muchacha.

—No lo sé con exactitud. Tuvieron una pelea... Yo no estaba presente.

—Otra cosa. Y espero que en esto sea más explícito. ¿Qué se lleva entre manos Baxter?

—¡Le digo la verdad, Taylor! ¡Lo desconozco! ¡Desconozco todo eso! ¡Mi ocupación es sobre todo el club! ¡No sé en lo que anda metido últimamente el jefe! ¡Hay algo, pero no sé lo que es!

—De acuerdo —aflojé. Freddy se confió y entonces aproveché para colocarle un «uno-dos» que lo dejó desinflado junto al gorila.

Seguidamente salí del local con mucha naturalidad, incluso despidiéndome con un gesto de la mano de los dos *barmen*. Conocía el domicilio particular de Morgan Baxter, no muy lejos del club, al norte de Flatlands Avenue, y hacia allí me dirigí rápidamente.

El conserje de turno me atendió con amabilidad, explicándome que el señor Baxter todavía no había regresado a su casa en ese día.

—Suele llegar muy tarde, después del cierre del club. ¿Por qué no va allí?

Le dije que sí.

Fastidiado, regresé junto a Martha. La muchacha se encontraba tumbada sobre la cama, descansando, sin ninguna novedad.

—¿Cómo te ha ido, Jack?

Se lo conté.

—Eso confirma mi sospecha —opinó, refiriéndose al comportamiento de Baxter—. Algo oscuro se lleva entre manos.

—Puede ser. Pero ¿no me hablaste de un refugio? —Bueno, así lo llama él. Es un *bungalow*. Me llevó en alguna ocasión.

—¿Dónde está?

—En Coney Island.

—Bien. Iré allí.

—Déjalo estar, Jack. No quiero que te ocurra nada. Y ya es de noche.

—No tengo ganas de esperar. Y si realmente trama algo, como sospechas, quiero pillarlo antes. Tal vez te vieras involucrada.

—O aquel hombre.

—El tal Andy, sí.

—He pensado nuevamente en ello. Yo creo que quien le interesaba era él. Yo, ¿para qué, salvo como anzuelo?

—Posiblemente tengas razón. Pero hasta que no hable con Baxter no saldremos de dudas. Dame todos los datos de ese *bungalow*.

Lo hizo, recomendándome mucho cuidado. Yo a mi vez le recomendé que continuara reposando, no abriera la puerta a nadie ni descolgara el teléfono.

—¿Crees que me van a buscar?

—Cuando no aparezcas a actuar... tal vez. La dejé algo preocupada.

* * *

El refugio de Morgan Baxter se encontraba cerca de Nortons Point. Allí habían construido una pequeña urbanización a base de *bungalows*. Era un lugar tranquilo, agradable, con vistas al mar.

Todos los *bungalows* estaban bien delimitados unos de otros. El que correspondía a Morgan Baxter se hallaba en la punta sur. Había luz en una de sus ventanas. Y cerca de él había aparcado un «Ford Mustang» color azul.

Eso me dio esperanzas.

Ya iba a descender del coche, cuando la puerta se abrió lentamente.

Me agazapé sin perder de vista la entrada. Una cabeza se asomó. Luego la puerta se abrió del todo y aparecieron dos sujetos corpulentos, de edad mediana. Miraron hacia todos lados, como si tuvieran miedo de algo, y rápidamente se encaminaron hacia un «Chevrolet» aparcado enfrente.

No se me ocurrió moverme, por si las moscas. Los dos tipos se metieron en el auto, el motor rugió y al poco se largaron de allí a todo gas.

Me quedé unos instantes pensativo. Después oteé los alrededores. No vi nada.

Finalmente me decidí a descender del auto y dirigir mis pasos hacia el *bungalow*.

La luz continuaba en la ventana. Pulsé el botón del timbre, pero nadie acudió a abrir.

¿Cómo era posible?

Aquello cada vez me gustaba menos. Si no estaba Baxter dentro, ¿cómo habían entrado aquellos fulanos? ¿Quiénes eran: amigos o enemigos de Baxter?

¿Y por qué continuaba la luz encendida?

No lo pensé mucho. Saqué una tarjeta de plástico y fácilmente conseguí abrir la puerta.

Me adentré en el *bungalow* sigilosamente, con muchas precauciones. La luz era mi guía. Cuando llegué a la habitación iluminada, me encontré con el hombre tirado en el suelo, despatarrado, con los ojos abiertos, vidriosos.

CAPÍTULO IV

Desde luego, aquel hombre no era Morgan Baxter. De eso me di cuenta en seguida.

Se trataba de un tipo más joven, de unos veintiocho años a lo sumo, corpulento, fuerte, de piel curtida y cabellos rubios muy cortos. Vestía un traje de chaqueta barato, gris. La chaqueta la llevaba desabrochada, permitiendo ver la corbata a rayas y la blanca camisa.

A la altura del corazón había un oscuro orificio.

No hacía falta ser un lince para saber que había muerto de un tiro en el corazón.

Pero ¿quién era? ¿Qué hacía allí?

Primeramente pensé que pudiera haber alguien más, y registré con rapidez el resto del *bungalow*. Estábamos solos el muerto y yo.

Le eché una nueva mirada, sin poderlo recordar de nada. Me incliné junto a él y procedí a cachearle con sumo cuidado. Llevaba, una funda axilar, en el lado derecho, con un revólver chato. ¿Un matón? Luego di con su cartera y salí totalmente de dudas.

Me quedé de piedra al ver su documentación. Por si acaso, comparé la foto. Imposible la equivocación, Era él.

Lewis Latham, leí nuevamente, para acabar de creérmelo. Detective de segundo grado.

¡Policía!

¡Me encontraba ante un policía asesinado!

Cuando conseguí reaccionar, saqué mi pañuelo y limpié cuanto había tocado. A continuación coloqué todo en su sitio.

Aquello me gustaba cada vez menos. En un momento me saltaron un sinnúmero de preguntas. Y desgraciadamente tenía muy pocas respuestas.

Todo había comenzado con una sospecha de Martha que le había valido una serie de golpes y una amenaza. ¿Hasta qué punto eso tenía relación con la aparente desaparición de Morgan Baxter y el cadáver que tenía a mis pies? ¿Era una simple casualidad?

Volví a registrar el *bungalow*, ahora con más detenimiento, pero continué sin hallar nada de interés. Finalmente decidí largarme. Si continuaba allí podía verme implicado. Era lo único que me faltaba.

* * *

Martha continuaba preocupada, el semblante grave. El nerviosismo la hacía sentirse incómoda en el asiento.

—¡Un policía muerto! —exclamó en cuanto le relaté lo sucedido, perdiendo el poco color que le restaba en el rostro—. ¡Un policía muerto!

—Sí.

—¿Cómo era?

—¿Estás pensando en el tal Andy...?

Asintió.

—No, éste era más joven —agregué, facilitándole seguidamente su descripción.

Ella pegó un brinco.

—¡Lo conozco!

—¿Eh?

—Le he visto varias veces por el club últimamente. Pero no sabía que fuera policía.

Pensaba en un cliente más.

—Hum. Todo esto complica la cosa.

—Algo grave se nos avecina, Jack —musitó ella acercándoseme—. Al menos para mí.

—Tranquila. No te pueden relacionar con eso.

—Pero sí con Baxter. Y cuando se descubra el cadáver de ese policía...

—Ya veremos.

Se abrazó a mí, temerosa. Yo acaricié sus cabellos. El silencio lo rompió ella al preguntar:

—¿Quién lo mataría: Baxter o esos dos hombres que viste salir de *bungalow*?

—Hum. No sé. Estoy pensando en esos dos tipos. En el club me

hablaron de dos amigos que buscaban a Baxter y no le encontraron. Podían ser ellos... que tuvieron la misma idea que yo, ir al *bungalow*. Pero la duda es la siguiente: ¿cuándo llegaron ya estaba muerto el policía?

—Posiblemente sí. Tú me contaste que a Morgan Baxter le recogió un...

—Sí, un tipo que conducía un «Ford Mustang» color azul...

—El coche que se encontraba en el *bungalow*. Por tanto, debió ser el policía. Algo se debía llevar entre manos, ¿no?

—Eso parece —admití.

—Los dos fueron al *bungalow* y Morgan, por lo que sea, le mató, largándose.

—Es lo más lógico —seguí estando de acuerdo con sus deducciones.

—Pero ¿por qué dejar el cadáver y el coche en su *bungalow*? Es prácticamente culpase.

—El miedo. Baxter tomó mucho miedo y sólo pensó en huir.

Ella se abrazó a mí con más fuerza.

—Jack, yo sí tengo miedo.

—Nada te pasará a mi lado. Estarás aquí hasta que todo este lío se solucione.

—Pero Freddy Burton me buscará para que cumpla el contrato...

—Tal como están las cosas, no creo que tenga tiempo para ocuparse de eso. En cuanto comiencen las investigaciones policiales van a tener que pensar en otras cosas más importantes.

—¿Y dónde estará Morgan Baxter?

—No sé, pero si es culpable, posiblemente se haya largado de la ciudad, incluso del estado, bien lejos. El asesinato de un policía es un hecho más que grave. Sus compañeros se lo tomarán muy a pecho. No quisiera estar en su pellejo.

—Van a ser unas horas tensas. Tal vez días. ¿No te separarás de mí?

—Sólo lo imprescindible, Martha.

Cenamos frugalmente. Yo propuse que durmiésemos separados, pero ella no aceptó. Pasamos la noche juntos, pero simplemente como dos hermanos bien avenidos. A la mañana siguiente ella fue la primera en levantarse y preparar el desayuno. Yo salí un instante para comprar el periódico.

—¿Hay algo? —me preguntó ella mientras servía con mano algo temblorosa las tazas de café.

Ya había mirado por encima el diario. No se hablaba de Morgan Baxter, ni de su club, ni del policía asesinado.

—Nada. Es demasiado pronto.

—A la tarde, entonces.

—Sí.

El resto de la mañana transcurrió lenta y monótonamente, casi en silencio. Yo empecé a encontrarme un poco incómodo, no estaba acostumbrado a estar mucho tiempo encerrado en casa, y menos en una situación así. Durante el almuerzo le comuniqué que más tarde saldría un rato.

—Tengo que ir al club, a echar una mirada —le expliqué al ver que hacía un mohín de disgusto—. No te preocupes. En seguida estaré contigo.

—Puedes llamar por teléfono —sugirió.

Era cierto.

—Bueno, ya veremos —fue mi ambigua respuesta.

Pero antes de que tomara la decisión definitiva sonó el timbre de la puerta.

Creo que los dos respingamos a una. Nos quedamos mirando, ella muy atemorizada.

—¡Jack! —exclamó.

—Tranquila —sonreí para calmarla—. Posiblemente sea un cobrador...

—¿Por la tarde?

—Ve al dormitorio. Corre.

El timbre sonaba casi interrumpidamente. De todas formas, me lo tomé con parsimonia. Hasta que no comprobé que todo estaba en orden, incluso los cacharros empleados para el almuerzo, no fui a abrir.

Cuando lo hice, me encontré con dos hombres desconocidos e impacientes.

Uno era de mediana edad, estatura regular, bastante calvo, ojos oscuros y mentón hendido. El otro joven, delgado, de encrespados cabellos castaños y rostro de facciones simpáticas, alegres.

—¿Jack Taylor? —inquirió el primero con voz bronca y gesto grave.

—Sí.

Sacó un estuchito de piel que abrió ante mis mismísimas narices, mientras recitaba:

—Soy el teniente Fred Howard. El es el detective Thomas Ketchum. De la Brigada de Homicidios.

CAPÍTULO V

—¿Podemos pasar?

Yo me había quedado quieto, inmóvil como una estatua, bloqueando la entrada. A pesar de eso, mi mente trabajaba velozmente imaginando la peligrosa situación en la que podía verme implicado y cuál podía ser la salida más airosa.

—¿Eh? —balbuceé, haciéndome a un lado—. Sí, claro, por supuesto, señores.

Primero entró el teniente, luego el detective, el cual se encargó de cerrar la puerta. Nos quedamos contemplando allí, en el vestíbulo, un instante, luego yo forcé una sonrisa y les invité a pasar adentro. Imaginaba que Martha ya habría escuchado, decidiendo permanecer escondida en el dormitorio, por si acaso.

—¿Qué sucede? —pregunté impaciente cuando alcanzamos el comedor.

El detective Ketchum dirigió una mirada curiosa a su alrededor. Su superior me miró fijamente, con ojos que casi taladraban, y dijo:

—Buscamos a Martha Caldwell.

El corazón me dio un vuelco.

—¿A Martha?

—Sí —asintió también con la cabeza—. Sabemos que es usted amigo de ella... o al menos lo fue.

—Cierto —admití. El teniente no dejaba de moverse por la pieza, me estaba poniendo nervioso, así que agregué—: ¿No quieren sentarse, por favor?

—Gracias —dijo el teniente, y él fue el primero en tomar asiento. Su subordinado le imitó al momento.

Yo me limité a apoyarme en el mueble biblioteca, esperando sus preguntas.

—¿Qué sabe de ella?

—Pues...

—Si piensa mentir, olvídelo, Taylor —fue la seca advertencia del teniente—. Hemos investigado los pasos de ella. Sabemos que estuvo en su club, nos lo han contado algunos empleados suyos, incluso que presentaba un feo aspecto, como si la hubieran golpeado.

—Sí, saben bastante.

—No todo. Por eso queremos que nos ayude.

—Pero no entiendo...

—Olvide si entiende o no, Taylor. Necesitamos dar con ella así como con Morgan Baxter.

Lo conoce, ¿verdad?

—Desde luego.

El asunto comenzaba a ponerse espinoso.

—Morgan Baxter ha desaparecido, ella también —siguió explicando el teniente, posiblemente con la intención de que me diera cuenta que no tenía mucho escape y que más me valía decir la verdad—. Fuimos al club de Baxter y supimos que usted estuvo preguntando por él. Freddy Burton, el encargado, no guardaba grato recuerdo de usted. Fue quien nos habló de Martha Caldwell. Luego estuvimos en su club, Taylor, y supimos lo que anteriormente le conté. Nos interesa dar con la chica, tal vez sepa algo de Baxter.

—Hummm...

—Esperamos que sea sincero con nosotros.

—Bueno, vino a verme, es cierto —no tuve más remedio que admitir—. Y presentaba un mal aspecto, también es verdad.

—¿Por qué?

—Había discutido con Baxter. ¿No se lo dijo Freddy Burton?

—Sólo dijo que usted estaba interesado por la chica, había sido su amante y ahora quería recuperarla.

Sonreí torcidamente.

—Maldito liante —mascullé.

—Siga. ¿Fue Baxter quien la golpeó?

—Eso me dijo.

—¿Por qué?

—No se entendían en el trabajo, también porque él la acosaba..., ya me entiende.

—¿Y a qué fue a usted?

—Bueno, pues... a contármelo, a desahogarse. Habíamos sido buenos amigos.

—¿Y qué ocurrió después?

—La tranquilicé, la invité a un par de *whiskys* y luego la acompañé a su casa.

—¿Nada más?

Le aguanté la dura mirada.

—Nada más. La dejé en su casa y entonces, en vez de volver a mi negocio, decidí visitar el club de Baxter para hablar con él seriamente. No me gusta que maltraten a las mujeres, más si las aprecio.

—Es extraño que ella no acudiera a la policía y sí a usted..., con el cual había roto hace tiempo.

—Lo nuestro fue un malentendido.

—Y también es extraño que usted no volviera a su club para el cierre.

Eso me dejó un instante paralizado. Era un grave error. Obsesionado por el asunto de Martha había olvidado ese detalle por completo.

—Bueno, no tiene importancia —traté de quitarle hierro a la cosa—. Ben Matthews, mi encargado, sabe lo que hay que hacer.

—No lo pongo en duda..., pero ni siquiera le llamó para decirle que no iría.

Me mordí el labio inferior. Habían trabajado bien y aprisa, los muy malditos. Y Matthews se había ido de la lengua más de lo conveniente.

—Estaba algo alterado. No sé si sabrá que las cosas no me fueron muy bien en el club de Baxter. No me trataron correctamente, hubo una breve pelea y... y salí de allí algo alterado, sólo con ganas de irme a descansar.

—Ah.

Por su mirada adiviné que no quedaba del todo convencido, pero como no tenía pruebas con las que forzarle, no iba a insistir.

Antes de que volviera a la carga, solté:

—¿Puedo saber ya a qué se debe todo esto?

El teniente sonrió.

—Supongo que algo habrá imaginado al saber que somos de

Homicidios. Hay un muerto por medio.

—¿Quién?

—Lewis Latham.

Puse cara de palo.

—No le conozco.

—Era un compañero nuestro. Un detective de primer grado. Gran chico.

—Lo lamento. Pero ¿qué relación tiene con todo cuanto hemos hablado?

—El cuerpo de Latham apareció en un *bungalow* propiedad de Morgan Baxter.

—¿Cómo es eso? —Me mostré de lo más sorprendido.

—No tenemos respuesta por el momento. Por lo que hemos averiguado, Latham recogió con su coche a Baxter. Luego suponemos que se trasladaron al *bungalow*. Allí, no sabemos por qué, murió Latham. Su coche quedó aparcado junto al *bungalow*. Y Morgan Baxter ha desaparecido.

—Ajá.

—Por otro lado, al parecer Lewis Latham frecuentaba el club de Baxter, incluso se le vio en alguna ocasión en compañía de Martha Caldwell según algunos empleados.

Casualmente, ella también ha desaparecido.

—¿Qué piensan?

—Que podría tener que ver con el asesinato. Tal vez sirviera de gancho... ¿Qué dice usted, Taylor?

—No sé nada de eso, pero no creo que Martha se prestara a una cosa así.

—Si Baxter se lo pidió...

—Sus relaciones no eran muy buenas últimamente. Por cierto, ese tal Latham, ¿trabajaba sobre Baxter?

Fue precisamente el detective, quien hasta el momento había permanecido en silencio, el que respondió:

—Lewis no estaba trabajando en ninguna misión especial. Sólo trabajos de rutina, y desde luego en ninguno de ellos tenía nada que ver con Baxter. Yo le conocía bastante. Últimamente estaba muy afectado por la muerte de un compañero, buen amigo suyo. Se cree que lo mató un tal Joe Bishop, alias el Rata, especialista en robos, pero no hubo pruebas. Lewis estaba empeñado en conseguirlas en

sus ratos libres. Pero tampoco esto parece tener relación con Baxter.

—De todas formas —agregó el teniente—, estamos investigando a fondo a Morgan Baxter, como hasta cuantos tienen relación con el asunto por el momento —me miró con cierta fijeza—. Ya veremos qué sale.

—Les deseo la mayor de las suertes. Y por supuesto pueden contar conmigo en lo que sea.

—Le quedaríamos muy agradecidos si nos ayudara a localizar a Martha Caldwell. Usted debe saber dónde está.

—De veras que no sé nada de ella. Me extraña enormemente que no esté en su apartamento.

El teniente se puso en pie, siendo imitado por su subordinado.

—¿Podemos efectuar un registro? —preguntó de pronto, cuando yo creía que iban a iniciar la retirada.

Perdí el aliento.

—Pues...

—No llevamos mandamiento judicial, pero Ketchum puede ir a por uno si usted no colabora. Estaba cogido.

—De acuerdo —acepté con resignación, rogando porque la suerte estuviera de mi lado—. Ya veo que no confían en mi palabra.

—Es pura rutina. Taylor —sonrió el teniente, haciéndole una indicación al detective. Los dos se movilizaron, yo tras ellos con el corazón encogido. Todo fue más o menos bien hasta que llegaron al dormitorio. Entonces a punto estuve de perder el dominio de mí mismo. Ketchum abrió la puerta.

Mis ojos recorrieron el interior más rápidamente que ellos, dándome cuenta que aparentemente no había nadie. ¿Y Martha? No había muchos sitios. O en el armario empotrado en la pared, o bajo la cama.

Vi con terror cómo el teniente abría el armario, metiendo su brazo derecho y separando las ropas. Al mismo tiempo el detective se arrodillaba y miraba bajo la cama.

Yo mismo no me lo creía cuando salimos del dormitorio sin que hubiera pasado nada. ¿Dónde estaba Martha?

—Está bien, Taylor —dijo el teniente, pero yo apenas le escuchaba—. Si sabe algo, esperemos que nos lo comunique.

—Sí... Desde luego...

No hacía más que pensar en lo acaecido. En cuanto se fueron,

volví corriendo al dormitorio. Sólo cabía una posibilidad: la ventana.

Y en efecto, ahí estaba la solución del misterio.

Vi las manos de Martha aferradas al alféizar. Y al momento, su cabeza, su cuello, su busto. Se estaba levantando a pulso.

Me acerqué rápidamente a ayudarla, no fueran a verla desde la calle y se estropeará todo. Me explicó que al escuchar que iban a registrar la casa, saltó fuera, aprovechando que apenas había dos metros desde la ventana al suelo del jardín.

—¡Oh, Jack! —Se arrojó a mis brazos—. ¡Ya sospechan de mí!

—Cálmate, Martha.

—Lo oí prácticamente todo. Al principio pensé aparecer y contar lo que sé pero luego comprendí que no haría más que complicar las cosas, sobre todo para mí. Ellos piensan que puedo tener algo que ver en el asunto. Para todos sigo siendo la amiga de Baxter.

—Sí. Te verías implicada.

—Maldito Morgan. No debí acceder a su petición.

—Ya no vale lamentarse, Martha.

—Si apareciera y aclarara todo...

—Me temo que debe estar bastante lejos...

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? No me puedo pasar la vida aquí encerrada.

—Por ahora no veo otra solución. Hay que confiar que la policía hallará nuevos datos, pistas... y acabará resolviendo el asunto, olvidándose de ti.

—El asunto... —musitó—. ¿Qué se llevaría entre manos Morgan?

No respondí.

—Jack, ¿crees que estoy segura aquí?

—Sí. Ellos se han ido satisfechos del registro. A partir de ahora pensarán en otros sitios.

—De todas formas, no me dejes sola.

—No.

Opté entonces por telefonear al club y hablar con Ben Matthews para saber cómo iban las cosas. No sabía ninguna novedad, salvo la temprana visita de la policía.

—Lo sé. Ya han estado aquí. Hablaste demasiado, Ben —le reprimí.

—Perdone, jefe. Creí que se podía...

—Ya está hecho. Pero en otra ocasión recuerda que tú no eres más que un simple empleado que apenas sabe algo, ¿eh?

—Sí, jefe.

—Caso de que hubiera algo, llámame. Estoy en casa.

Media hora más tarde estaba hablando nuevamente con él. La voz se le notaba agitada.

—¡Jefe...!

—¿Qué pasa? —me alarmé.

Tres tipos están organizando un soberano jaleo. No sé si llamar a la policía...

—Espera a que llegue.

CAPÍTULO VI

Cuando llegué al club, después de pugar un rato con Martha, la cual tenía miedo de quedarse sola, el escándalo se hallaba en su apogeo.

La mayoría de la clientela, asustada, se retiraba. Sólo unos pocos permanecían curiosos. Rápidamente me hice cargo de la situación. No tenía mucho de novedosa. Un grandullón decía que no le gustaba la bebida y otros dos asentían a todo.

Mis empleados se encontraban a la expectativa. Ben Matthews, al verme llegar, se acercó:

—Creo que en realidad están buscando camorra, jefe —me dio su opinión—. De borrachos, nada.

—¿Seguro?

—Flint me ha dicho que entraron la mar de normales. Apenas bebieron y de pronto se pusieron a despotricar.

—Hum.

—¿Llamo a la policía?

—Aún no.

Me aproximé al lugar de la barra donde se desarrollaban los hechos. El grandullón, muy excitado, había comenzado a destrozar un par de botellas.

—¡Ya basta, amigo!

Mi voz le detuvo. Tanto él como sus amigos me observaron detenidamente.

—¿Quién es usted?

—El dueño.

—¡Estupendo! —exclamó, jubiloso—. ¡Le estábamos esperando, señor!

—¿Qué sucede?

—Se lo estaba diciendo a sus empleados y no me hacen caso. El *whisky* está aguado.

—Bueno —me humedecí los labios con la punta de la lengua, tratando de hallar una rápida solución al asunto—, si no les ha gustado la bebida, eso tiene fácil arreglo. Flint —le dije al barman —, devuélveles el dinero gastado.

—Así no se arregla, señor. Usted está estafando a la clientela con su bebida.

—Yo no veo que nadie más proteste.

—Porque no se atreven. ¡Yo digo, y bien alto, que es una estafa!

Entre los clientes que permanecían se escuchó un murmullo que me hizo decir cortante:

—Aquí no se estafa a nadie.

—Insisto que sí.

—Posiblemente sea su paladar quien le estafe.

—¿Me está insultando?

—Usted está insultando mi negocio.

—Larry, Reno...

Los dos amigos se movieron al momento, como perros adiestrados, rodeándome.

Mis empleados también se acercaron.

—Quietos —ordené—. Ustedes, amigos, sería mejor que se marcharan y no continuaran por ese camino. Pueden salir malparados.

—¿Sí? —sonrió el grandullón, burlón.

—Están originando alboroto público. Si llamo a la policía...

—¡Nos amenaza! —exclamó, iracundo—. Encima que estafa y roba a la clientela, tiene la desfachatez de amenazarnos. Pero no nos asusta, ¿verdad, Larry, Reno?

Los dos aludidos negaron con la cabeza.

—Nos iremos cuando queramos —prosiguió el grandullón—. Después de haber dejado bien claro que este local es una mierda. Y tengan cuidado ustedes, mis amigos pinchan por nada.

Reno y Larry ya mostraban unas relucientes navajas en sus manos.

El grandullón rompió a reír mientras yo me mordía el labio inferior, preocupado.

—¡Ahora verá!

Atrapó un par de botellas y en esta ocasión, en vez de conformarse en romperlas contra el mostrador, las lanzó contra los anaqueles, originando un gran estropicio. Fue a continuar con su «obra», pero entonces yo grité:

—¡Eh, eso no!

Uno de sus amigos cayó en la trampa, desviando la mirada. Rápidamente yo lancé mi pierna derecha, alcanzando su mano armada. El otro se movió hacia mí, furioso, descuidando a mis empleados y entonces éstos cayeron sobre él.

Se formó una violenta pelea. El grandullón se defendía con las aristas de una botella rota, pero no contó con Flint, el barman, que puestos a romper cascos, le partió uno en la cabeza y lo dejó groggy.

Entretanto, yo me ocupaba del que había desarmado. Mis puños se movieron veloces y certeros, castigando su rostro, su plexo solar y su bajo vientre. Mientras se derrumbaba, su compañero de navaja ya había sido atrapado por dos de mis empleados y un tercero se encargaba de rebajarle los humos a base de puñetazos.

Al final quedaron los tres derrengados en el suelo.

Me acerqué al grandullón, que era quien peor parado había salido. Gotas de sangre descendían por su rostro por culpa de los cristales que se le habían incrustado en el cuero cabelludo. Para reanimarle me mostré caritativo y le regué el rostro con *whisky* Johnnie Walker.

Mientras se despabilaba ordené a mis empleados que desalojaran el local. El grandullón me miró con ojos enfurecidos, sin miedo.

—¿A qué se ha debido esto, amigo? —le pregunté.

Sonrió torcidamente.

—El *whisky*... es un asco...

—Ésa es una historia barata. Quiero la verdad.

—¿Cenicienta o Blancanieves?

Mascullé un taco.

—Estarán bien aleccionados, jefe —terció Ben Matthews—. No va a sacar nada.

—Hum.

—Bob me acaba de decir que al rubio aquél le ha visto en compañía de tipos de Tuttle.

No es difícil deducir por qué han hecho esto. Tuttle vuelve a la

carga.

—Está bien Que los saquen de aquí y los dejen tirados en el callejón.

Un par de empleados se dispusieron a cumplir mi orden. Yo no dejaba de pensar en las palabras de mi encargado.

—¿Por qué? Hacía tiempo que no se metía con nosotros. Desde los de Hawkins... —Ya no debe saber a quién meterle mano. Creo que somos de los tres o cuatro que no están bajo sus garras en este distrito.

—Pero así, de repente, sin ninguna aparente razón...

—Le debía doler la cabeza.

—No estoy para chistes malos, Ben.

—Lo siento, jefe. Como también lamento lo de la poli. No volverá a suceder. Yo pensaba que no Se trataba de nada grave.

—Pues lo es. Han asesinado a un policía.

—¡Fiuuu!

—Lo encontraron en el *bungalow* de Morgan Baxter. Buscan a éste, que ha desaparecido. Y también a Martha Caldwell porque piensan que puede tener relación.

—No lo sabía. No me dieron detalles.

—Lo imagino. Bueno, encárgate de que todo esté listo. Yo me voy.

—Sí, jefe.

La clientela se había dispersado. Ni siquiera en la entrada del club había curiosos. La noche se presentaba suave y apacible.

Caminé lentamente hacia mi auto. Por un instante tuve la impresión de que alguien me vigilaba. Me detuve y observé mi entorno.

Sólo gentes y coches, todos desconocidos. Y entre ellos, luces, muchas luces, algunas parpadeantes.

Llegué hasta mi auto, me retrepé bien en el asiento y encendí un cigarrillo. Estuve un largo rato fumando silenciosamente, atento al ir y venir de la calle.

Finalmente lancé el resto del cigarrillo por la ventanilla, puse el coche en marcha y me alejé, introduciéndome en el tráfico rodado.

De vez en cuando miraba por el espejo retrovisor. Pero nada llamaba mi atención.

Ante un semáforo en rojo llegué a la conclusión de que debía ser

alguna aprensión mía. Estaba algo nervioso. Desde que apareciera Martha Caldwell por el despacho de mi club, mi sistema de vida se había alterado.

De todas formas, después de alcanzar mi casita de Quentin Road y guardar el coche en el garaje, me quedé unos instantes junto a la verja de entrada, observando el exterior. La calle estaba bien iluminada, todo se veía perfectamente. Y nada me resultó extraño. Opté por entrar en casa definitivamente. Martha debía encontrarse intranquila por mi tardanza.

—¡Martha, soy yo! —avisé nada más abrí la puerta.

No me contestó nadie y pensé que posiblemente, cansada, agotada por los nervios, se habría acostado. No se veía ninguna luz encendida.

Pero verdaderamente me alarmé cuando entré en el dormitorio y no la vi. Entonces corrí con desespero por toda la casa, encendiendo luces y abriendo habitaciones... para terminar exhausto en una butaca, sin haberla encontrado.

Martha había desaparecido.

CAPÍTULO VII

Cabían muchas preguntas.

¿Se había ido por propia iniciativa? Mi respuesta era no. Rotundamente no. Martha no tenía motivos. No tenía en quién confiar, sólo en mí. Con lo asustada que estaba, no se podía haber atrevido a salir. Además, al menos me hubiera dejado una nota explicativa.

Entonces, la habían secuestrado. Era una fácil conclusión. Ahora bien, ¿quién la había secuestrado?

¿La policía? Podía ser. No habían quedado convencidos de la visita y habían vuelto, pescándola. Pero tampoco me convencía. No eran métodos. Por otro lado, caso de que hubieran sido ellos, habría dejado a alguien para encargarse de mí por mentiroso y encubridor.

¿Morgan Baxter? ¿Frank Tuttle? Lo veía improbable. ¿Cómo podían saber que ella estaba conmigo? Muy difícil. Además, ¿por qué, cuál era la razón? Baxter para cerrarle definitivamente la boca. ¿Y Tuttle?

Por último sólo me quedaba Freddy Burton. El había prometido que si no cumplía el contrato, la buscaría. Y él sí podía sospechar que se encontraba conmigo.

Nuevamente saqué el auto del garaje, dispuesto a no parar hasta encontrar a Martha.

Estuviera en manos de quien estuviera, mal lo iba a pasar.

Me dejé llevar por mi corazonada y me presenté en el club Morgan Baxter. Cuando llegué allí, me encontré el local prácticamente acordonado por la policía. Extrañado me acerqué a un vendedor de periódicos y le compré uno, aprovechando para preguntar.

—¡Han descubierto un tinglado de apuestas! —me respondió con

ojos muy abiertos.

—Oh.

La gente del teniente Howard se movía aprisa. Había prometido investigar a fondo, y a Baxter ya le estaba pegando duro. Vi salir a varios empleados del club, entre ellos Freddy Burton, que era el que más protestaba. Algunos juraban por sus madres no saber nada de lo que había tras los servicios.

Los policías no les hicieron caso y les empujaron hacia los coches.

Yo hojeé el periódico. La única noticia de interés iba en primera página. Habían asaltado un furgón tres tipos llevándose nada menos que un cuarto de millón y matando a uno de los dos vigilantes, del que se insertaba una fotografía. Respecto al caso Baxter apenas nada. Se daba cuenta del descubrimiento del cadáver de Lewis Latham en el *bungalow* y punto y aparte. Posiblemente en el día siguiente hubiera una información más detallada.

Aprovechando que leía el periódico me acerqué a uno de los coches policiales, haciéndome un poco el despistado. Ningún policía se interpuso en mi camino, pues estaban más ocupados en reducir a los revoltosos y en precintar el local.

—Hola, Freddy —le saludé con media sonrisa—. Ya veo cómo te van las cosas.

Freddy estaba esposado a un compañero, los dos sentados en el asiento posterior.

—¿Qué hace aquí? —me espetó.

—Busco a Martha.

—No sé nada de ella.

—Ha desaparecido.

—Yo no tengo nada que ver. Ya tengo bastantes líos, maldita sea.

—¿Y Baxter?

—Al diablo se vaya. Se va a acordar de mí, el muy hijo de perra. Todo esto era idea suya.

—¡Bien jodidos nos ha dejado! —Escupió el otro.

—Entonces, ¿no ordenaste que buscaran a Martha? —insistí.

—¡No!

—Otra cosa, Freddy —me acordé de algo todavía no aclarado—. ¿Quiénes eran los dos tipos que pretendían ver a Baxter la noche

pasada?

—Gente de Tuttle.

—¿Por qué?

—Tuttle había metido dinero en el negocio. Venían a por el tanto por ciento correspondiente. Lo hacen todas las semanas. Ayer se enfadaron, pues cuando volvieron continuaba sin aparecer Baxter.

—¿Les hablaste de Martha y de mí?

—Querían información...

—¿Sí o no?

—Sí.

—¡Maldito!

—Había que estar a bien con ellos...

—¡Eh, amigo, aléjese! —me llamó entonces la atención uno de los policías—. Nos vamos.

En efecto, estaban reagrupándose. Los curiosos comenzaban a disolverse. Yo no quise que se fijaran más en mí y dócilmente me alejé, tras depositar el periódico en una papelería.

Pronto las sirenas policiales empezaron a sonar, abriendo camino. Yo tomé mi auto, enfilando rumbo hacia Sheepshead Bay. Allí se encontraba el Gran Casino de Frank Tuttle.

Majestuosamente levantado en la Emmons Avenue, aquél era el santa sanctorum de Frank Tuttle. Toda la gente aparentemente honorable y con dinero de Brooklyn había pasado por allí. Era el negocio más respetable de Tuttle, con el que se daba bombo y platillo y le permitía flirtear con las capas altas de la sociedad.

Desde luego, no se podía quejar del negocio. El local estaba lleno, ninguna mesa vacía. Los croupiers sudaban y la mayoría de los clientes reían estúpidamente con sus pérdidas.

No me fue difícil llegar ante el gran Tuttle. Sólo bastó darle mi nombre a uno de los empleados.

Rápidamente fui trasladado a su despacho, en el piso alto, desde cuyas ventanas podía dominar perfectamente la gran sala central.

Frank Tuttle era un hombre que ya había dejado atrás el medio siglo de existencia, de mediana estatura y aspecto más bien enclenque. No tenía mucho pelo, el poco todo él canoso. Sus ojillos de rata miraban de una forma penetrante, protegidos por unas cejas curiosamente espesas.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Taylor! —exclamó nada más entré, puesto en pie y fumando en una boquilla de plata.

—Cierto —asentí, preocupado por el detalle de que sus dos empleados hubieran cerrado la puerta quedándose dentro.

—Venga, siéntese —me invitó—. ¿Qué hace por aquí?

—Quiero hablar con usted.

—Estupendo —él también tomó asiento, cruzando una pierna sobre la otra—. ¿Negocios? ¿Ha pensado ya en...?

—No se trata de eso —le interrumpí. Uno de sus empleados seguía con atención la conversación mientras el otro curioseaba a través de una de las ventanas lo que ocurría abajo—. Me interesa Martha Caldwell.

—¿Quién?

No se había alterado, dándole impertérrito una nueva chupada a su boquilla de plata.

—Martha Caldwell —repetí—. Trabaja como cantante para Morgan Baxter.

—Ah, ya. Algo he oído hablar sobre ella. Buena voz...

—Y algo más. ¿Está con usted?

—¿Qué?

—No se ponga en plan cínico, Tuttle.

—No le entiendo, Taylor.

—Sus hombres la sacaron de mi casa.

—Desvaría.

—No. Sé lo que digo. Su gente anda interesada por Morgan Baxter, ayer estuvieron dos preguntando por él en el club un par de veces y no le encontraron. Incluso fueron a su refugio... un bonito *bungalow* de Coney Island.

Vi cómo Tuttle achicaba los ojos. Decidí arriesgar un poco más.

—Puedo dar a la policía una buena descripción de esos dos hombres, ¿sabe?

Definitivamente palideció.

—No sabe lo que dice —masculló.

—Más vale que hablemos con sinceridad, Tuttle, con las cartas boca arriba, ¿le parece? Se puso en pie y durante unos instantes se entretuvo en apagar el resto del cigarrillo y limpiar la boquilla. Luego me encaró y dijo:

—Eso quiere decir que usted también estaba allí.

—En efecto —admití—. Pero yo llegué después. ¿Lo mataron ellos? A la policía le interesará. Resulta que el muerto es un compañero de ellos.

—Supongo que sí. Pero mi problema no es ese policía asesinado.

—Tal vez, pero podría acarrearle algunos disgustos, ¿o no?

—Está muy seguro de sí mismo, Taylor —esbozó una sonrisa—. ¿No se da cuenta que está en mis manos?

—¿Se las mancharía conmigo? Le tenía por un tipo más listo, Tuttle.

—Siento defraudarle. ¡John, Perry!

Los dos empleados acudieron a mi lado al momento. Yo no me moví del asiento, diciendo:

—Así que va a ponerse desagradable...

—Me ha hecho un favor viniendo, Taylor. Iba a ordenar que le buscaran.

—¿Por qué?

—Me interesa Baxter.

—Yo no sé nada de él.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Bueno, tal vez la chica sí. Ahora, al verle, puede que se le suelte la lengua.

—¡Luego la tienen ustedes!

—Por supuesto —reconoció sin perder la sonrisa—. Y es muy dura de roer.

—¡Malditos, como la hayan...! —Intenté ponerme en pie, pero los tipos me devolvieron a la butaca.

—Hábleme de Baxter, Taylor —pidió Tuttle—. Y no grite, por favor. No le serviría de nada.

—Está equivocado, Tuttle. Ni ella ni yo sabemos nada de Baxter.

—Quiero oírle a usted. Adelante.

—Sólo sé lo que ella me contó. Discutió con Baxter, éste la golpeó y huyó de su lado. Yo busqué a Baxter para pedirle cuentas y lo único que encontré fue el cadáver del policía.

—Hum. ¿Y la chica?

—Sólo la estaba protegiendo hasta que se resolviera este lío.

—Un caballero galante, ¿eh?

—No hay más. Tuttle.

—Pues Baxter ha de estar en algún lado, y ella, como amante suya que ha sido, lo debe saber.

—Esta vez se equivoca. Tuttle. Usted está desesperado y da palos de ciego. Le ocurre algo parecido a la policía. Baxter es el culpable, no aparece, no saben cómo encontrarle y piensan en su chica para atraparlo. Pero da la casualidad de que las cosas entre Baxter y ella ya no eran como antes.

—Veremos.

—Es cierto. La prueba la tiene en el rostro de ella. ¿No se lo ha visto?

—Sí.

—Baxter le pegó. Por eso vino a mí.

—Yo creo que fue a usted para pedirle ayuda para Baxter.

—¡Usted es el que está loco! —le espeté impetuosamente—. ¡Eso es una majadería! ¿Y los golpes?

—Puede que le pegara otro. Nadie fue testigo.

—Fue Baxter.

—Bien. Aceptado. Tampoco quiere decir que se pelearan. Hay mujeres que gustan de hombres rudos.

—Es usted obstinado como la policía, Tuttle.

—Por cierto, ¿qué piensa la policía del asunto?

—Cree que Martha descubrió la personalidad del asesinado. Le delató a Baxter y éste le tendió la trampa, matándolo.

Frank Tuttle se echó a reír.

—¡Eso sí que es estúpido!

—¿Por qué?

—Porque Baxter debía saber que ese tipo era policía.

—¿Cómo? —no salté porque los dos tipos me volvieron a sujetar.

—Baxter me contó cuando formamos sociedad que tenía montado un tinglado de apuestas, me propuso participar en él, pero yo rechacé la oferta. No me gustaba. El, para convencerme, me dio más detalles, por ejemplo, que no había peligro, pues gracias a un policía que tenía cogido por el juego, del que era un auténtico vicioso, sabía cuándo se realizaban redadas, y nunca podían pillarle in fraganti. Por tanto, supongo que ese policía corrupto era el muerto, por eso se fueron juntos esa noche, tan tranquilamente, como contó Freddy a mis muchachos. Pero algo debió pasar en el

bungalow y Baxter le mató, desapareciendo.

—Vaya, esa versión es interesante. ¿Por qué no se la cuenta a la policía?

—No estoy loco. Me empapelarían. ¿Uno de sus miembros corrupto? ¿Y las pruebas?

Saldría perdiendo, seguro.

—Sí, puede que tenga razón.

—Seguro. Y a mí lo que verdaderamente me interesa es la segunda parte. Después de que Baxter matara al poli, fuera por la razón que fuese. Baxter desapareció y alguien le debió ayudar.

—Ni Martha ni yo.

—Me voy a asegurar. ¡Vamos abajo!

Los dos tipos, a una seña de Tuttle, me cogieron por los brazos, casi arrastrándome.

Una de las puertas del despacho daba directamente a un ascensor. Todos nos introdujimos en él, bajando al fondo del edificio.

—¿Por qué tanta importancia a esto, Tuttle? Al parecer sus hombres buscaban el tanto por ciento correspondiente a la semana. ¿No es usted más que rico? ¿Qué más le da unos miles arriba o abajo?

—No se trata del dinero en sí, Taylor. Tengo a mucha gente como a Baxter. No puedo sentar un precedente. Ese puñado de miles me trae sin cuidado realmente. Lo importante es dar con Baxter y demostrar que a mí nadie me la pega. ¿Entendido?

Me miraba fijamente.

—Si —dije.

Al salir, caminamos por una especie de pasadizo. Nuestras pisadas resonaban algo lúgubremente.

—¿Cómo supo exactamente que Martha se encontraba en mi casa? —le pregunté entonces.

—Bueno, mis muchachos supieron por Freddy que usted se interesaba por Baxter. Se vigiló su casa, se vio llegar a la policía y también casualmente cómo ella se descolgaba por una ventana —sonrió—. Podíamos entonces haber asaltado la casa estando usted, pero había un inconveniente, un policía se había quedado vigilando. Así que entonces pensamos en sacarle a usted de allí, de esa forma posiblemente el policía fuera detrás. Y no nos

equivocamos. Entonces el camino nos quedó libre. Fue muy sencillo para mis hombres..., excepto para los que visitaron su club. Están rabiosos. Si le vuelven a ver, Taylor... A lo mejor les hacen una visita cuando se recuperen.

—¿Acaso nos va a tener aquí encerrados? —Hasta que dé con Baxter.

—¡Maldita sea, no sabe lo que hace!

—Hemos llegado.

En efecto, nos encontrábamos ante una vasta puerta que fue abierta por uno de los empleados de Tuttle.

En el interior se encontraba Martha, bien atada y amordazada.

Me empujaron para que pasara. Se trataba de una amplia bodega, repleta de barriles y botellas. Martha, al verme, quiso decir algo.

—Liberadla —ordenó Tuttle, sacando de un bolsillo una pistola para vigilarnos mejor.

—Todo este juego es estúpido —dije—. No sabemos nada. Está perdiendo el tiempo.

—Pronto lo voy a saber —sonrió de una forma que no me gustó nada.

Martha, libre de cuerdas y mordazas, corrió hacia mí. Yo abrí los brazos como si fuera a recibirla, pero acto seguido giré como una peonza y me llevé por medio el arma de Frank Tuttle, el cual lanzó un grito de rabia.

—¡Hacia la salida, Martha! —grité al tiempo que alcanzaba en el mentón a uno de los empleados de Tuttle, el cual, al trastabillar, tropezó con su compañero, cayendo los dos aparatosamente al suelo.

Frank Tuttle perdía el tiempo tratando de recuperar su arma, pues sabía que en un cuerpo a cuerpo conmigo muy poco tendría que hacer.

Yo no me lo pensé mucho y fui tras Martha. Cerramos la puerta al salir, pero eso apenas era nada. La derribaron fácilmente.

—¡Corre! —La tomé de una mano.

Llegamos al ascensor. Pulsé un botón intermedio, rogando por que fuéramos a parar a los salones de juego.

No ocurrió así. Salimos a un pasillo vacío y silencioso, de resplandecientes baldosas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Martha.

Vacilé un instante, luego tiré de ella hacia mi derecha. Doblando una esquina y nos encontramos en otro pasillo sin aparente salida.

—Maldita sea —rezongué.

Retrocedimos, y entonces apareció ante nosotros un tipo desgarbado, con el uniforme de croupier. Nos quedamos los tres inmóviles, sorprendidos.

—¿Quiénes son ustedes?

Forcé una sonrisa.

—Ejem... Buscábamos un lugar solitario... y nos hemos perdido...

—Para eso no se va a un casino.

—El momento, ya sabe...

—Sigán por ese pasillo y verán al fondo una disimulada escalerilla de caracol. Da a una de las salas.

—Gracias.

Nos alejamos bajo la seria mirada del empleado. Una vez desaparecimos de su vista, aceleramos nuestro paso. Bajando por la escalerilla le pregunté a Martha cómo le había ido con la gente de Tuttle.

—Se pusieron algo desagradables, pero nada en comparación con lo que tuve que aguantar a Morgan...

Rápidamente llegamos a la sala de juego. Respiré aliviado, creyendo que a partir de ese momento todo sería fácil, nos mezclaríamos entre el público y no habría inconvenientes para alcanzar la salida.

Pero ya se habían movilizado varios empleados en nuestra busca. Se les veía moverse de un lado a otro, los ojos inquietos. La voz se había corrido, no sabía cómo. Posiblemente tuviera Tuttle teléfonos interiores.

—Jack... —susurró Martha, apretando fuertemente uno de mis brazos.

Los dos nos encontrábamos pegados a una abarrotada mesa de *black jack*.

—¿Qué vamos a hacer?

—Naturalidad sobre todo.

—Al final nos verán. Será imposible alcanzar la salida. Hay dos salones por medio.

—Tenemos que intentarlo. Vamos.

Le pasé un brazo por los hombros e iniciamos el despegue de la mesa. Martha casi temblaba. Yo la tenía prácticamente que arrastrar.

Procuraba caminar por lugares concurridos, pero de pronto los ojos de un empleado se fijaron detenidamente en nosotros. Martha sufrió un sobresalto.

—¡Nos han visto!

Era cierto. El tipo en cuestión hacía ya señas a sus compañeros.

Apreté los labios, furioso. Luego dije:

—Sepárate de mí, yo los entretendré. Si logramos escapar, nos veremos en la esquina del Brooklyn College con la Flatbush Avenue.

—Cuídate, Jack.

Sonreí viéndolos avanzar. Súbitamente le di una patada a la mesa de *black jack* más cercana, originando un extraordinario jaleo. Hubo chillidos, insultos, algunos clientes se quisieron golpear entre sí. En un momento reinó una tremenda confusión, precisamente lo que necesitábamos tanto Martha como yo. Ella ya había aprovechado para confundirse entre la gente alborotada.

Pero yo no tuve tanta suerte porque algunos clientes pretendieron retenerme como el culpable del desaguisado. Cuando logré quitármelos de encima, los empleados de Tuttle ya venían hacia mí directamente.

Yo traté de esquivarlos, pero el juego del gato y el ratón no duró mucho. Aumentaban por momentos, viniendo de otras salas. Y el cerco se iba cerrando inexorablemente...

—De este hombre me encargo yo —dijo entonces una voz. Y apareció el detective Thomas Ketchum mostrando su placa.

CAPÍTULO VIII

—Así que usted me ha estado vigilando...

—En efecto. He estado sobre usted como una sombra. El teniente me ordenó no perderle de vista.

Nos encontrábamos ya en la calle, acomodados en el interior de su auto. El tráfico no era muy intenso. De vez en cuando unos faros nos deslumbraban.

—Por tanto estuvo en mi club, luego en mi casa, más tarde en el club de Baxter y por último ahí —señalé el Gran Casino de Frank Tuttle.

—Sí.

—Hum. Lo hizo bien. Aunque tuve el presentimiento de que me vigilaban, no supe descubrirle.

—Taylor —me miró fijamente—, olvide eso. Hay cosas más importantes.

—¿Qué?

—Nos engañó.

—¿Cómo dice?

—Usted sabía que la chica. Por eso vino aquí, ¿no? Le vi un instante con ella, antes del jaleo. ¿La tenía Tuttle?

—Sí.

—¿Por qué?

Me tomé unos segundos de respiro mientras encendía un cigarrillo. El no aceptó. Por entre el humo le observé: no sabía que Martha estaba conmigo, en mi casa, ¿para qué darle explicaciones de eso y complicar las cosas, incluso llegando a implicarme, pues quedaría como un encubridor?

—La raptó porque está interesado en Baxter —le dije, esperando que con eso se diera por satisfecho y no ahondara más en cómo

había llegado ella a manos de Tuttle.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Tuttle había entrado en el negocio de Baxter. Éste desapareció sin darle cuenta del tanto por ciento que le correspondía. Y Tuttle le anda buscando para demostrar que a él nadie se la pega.

—Mmmm...

—Eso es todo, detective Ketchum.

El policía me miraba no muy convencido.

—¿Y qué pasó ahí dentro?

—Entré a hablar con Tuttle, pero no nos pusimos de acuerdo. El cree que ella debe saber el paradero de Baxter, incluso que yo podía tener noticias al respecto. Pensaba mantenernos encerrados en la bodega hasta que habláramos...

—Pero lograron escapar.

—Sí.

—¿Y por qué vino a ver a Tuttle?

—Pues... yo también estaba preocupado por la desaparición de Martha e hice algunas averiguaciones por mi cuenta. La clave me la dio Freddy Burton cuando me contó que un par de tipos de Tuttle habían estado preguntando por su jefe y les había contado lo de Martha. Sumé dos y dos.

—Ajá. Y en vez de avisarnos, se metió sólo en la guarida de Tuttle.

—Creí que podría arreglarlo solo, hablando como las personas.

El detective Ketchum esbozó una sonrisa.

—¿De verdad no sabe más sobre Baxter?

—No.

—¿Y la chica? Tuvo tiempo de volver a hablar con ella... — Tampoco. Tuttle se llevó un chasco con ella—. Ya. Se podría presentar una denuncia contra Tuttle.

—No me interesa. En cuanto a Martha, primero tendrán que encontrarla.

—¿No sabe adónde ha ido?

—No. Ella se fue por su lado, desentendiéndose de mí. Yo tuve mala suene.

—Lo hizo muy bien.

—No tanto.

—¿Lo dice porque está en mis manos?

—Oh, no. Le estoy muy agradecido. En manos de Tuttle Rubiera sido peor, seguro.

Arrojé el resto del cigarrillo por el hueco de la ventanilla y luego agregué:

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Le llevaré al Departamento. Posiblemente al teniente le guste hablar con usted. Estamos investigando su vida...

—Sí, recuerdo que el teniente prometió que se investigaría a fondo a todos los implicados con el asunto. Pero conmigo no hallarán mucho y perderán el tiempo.

—Veremos. Las investigaciones han comenzado a dar sus frutos, de una forma indirecta.

Por ejemplo, ya ha caído el tinglado de apuestas que tenía montado Baxter.

—Sí, lo supe cuando estuve en su club, ¿no le parece raro, Ketchum?

Él detective arqueó una ceja.

—¿Qué quiere decir?

—He oído una versión muy interesante, que hace pensar...

—Escúpala —me ordenó.

Antes me acomodé mejor en el asiento.

—Resulta que Baxter tenía comprado a un policía para que le informara a tiempo sobre las redadas...

—¿Qué está diciendo? —saltó ofendido.

—Y ese policía podía ser muy bien Lewis Latham.

—¿Lew? ¡Imposible! ¡Eso es una majadería!

—Bueno, es lo que he oído —me encogí de hombros—. De todas formas, hay que reconocer que se acopla, ¿no? ¿Por qué recogió con su coche a Baxter? Debían ser amigos... ¿Por qué ha caído el tinglado? Ya no tenía quien le avisara...

—¡No! —rechazó con rotundidad.

—Estudien el asunto por ese lado y olvídense de Martha y de mí.

—Eso es lo que usted busca con esa infamia, ¿eh, Taylor? Reconózcalo. Quiere que la chica y usted queden fuera del asunto, confundiéndonos si es preciso.

—No es ésa mi intención.

—Se va a venir conmigo al Departamento y le va a contar todo eso al teniente. Verá cómo acaba.

Compuse una mueca.

—No le hace gracia, ¿eh?

Pensaba en Martha, en la cita que tenía con ella. No podía permitir que la policía me retuviera y ella quedara sola en la ciudad, asustada, sin nadie a quien recurrir.

—No, no me hace ninguna gracia.

Ketchum ya le daba al encendido, sonriendo. Por otro lado, pensaba que si era llevado al Departamento, cuando saliera, una sombra iría tras de mí. Tampoco eso podía permitir.

Por tanto lo mejor era...

—Oiga, le propongo un trato.

—¿Cuál?

—¡Éste!

Le aticé de sorpresa, en pleno rostro. La cabeza del detective se fue hacia atrás y golpeó con el cristal de la ventanilla. No hizo falta más porque se quedó quieto en el asiento, la cabeza ladeada, inconsciente. Realmente, no tenía mucho aguante aquel policía... Miré a mi alrededor, un poco asustado. Nadie parecía haberse fijado en lo ocurrido. Los transeúntes seguían su camino normalmente.

Abrí la portezuela y salí.

Mi coche no estaba muy lejos, sólo una manzana más abajo. Pronto, sin ningún problema, me encontré rumbo al Brooklyn College.

Ella ya se hallaba allí. Tenía un periódico bajo el brazo y se le veía nerviosa, impaciente. Supuse que habría tomado el metro.

Di un par de vueltas para cerciorarme de que nadie la vigilaba y también de que nadie me seguía. Ya no me fiaba de nada. Todo eran sospechas.

Luego aparqué junto al bordillo, haciéndole una indicación. Ella subió al momento.

—¡Oh, Jack, qué alegría!

Nos dimos un beso fugaz. En seguida metí la primera y arranqué.

—Las cosas se han complicado nena. He tenido que golpear a un policía.

—¡No!

Se lo expliqué todo, detalladamente.

—Era la única forma de no llevar a un vigilante detrás —finalicé

como justificación.

—Jack —dijo ella entonces— tengo algo importante que comunicarte.

—¿De qué se trata?

—De esto.

Aproveché un semáforo en rojo para mirar. Ella había desplegado el periódico y señalaba la primera página.

—No te entiendo.

—Para, por favor.

Encontré un oscuro callejón cercano al cementerio de Holly Cross.

—¿Y bien?

—Compré el periódico mientras te esperaba.

—Yo ya lo he visto. No trae apenas nada. Y no te nombra.

—No es lo de Baxter y Latham lo que me ha llamado la atención, sino esto.

Continuaba señalándome la primera página.

—¿El robo del furgón? ¿Por qué?

—Porque este hombre —su índice apuntaba la fotografía del vigilante muerto—, es el tal Andy...

CAPÍTULO IX

—¿Eh? —Di un salto en el asiento, estando a punto de tocar el techo con la cabeza—. ¿Estás segura de lo que dices, Martha? ¿Es él?

—¡Vaya que sí!

—Pero... —Tomé el periódico y leí detalladamente, cosa que no había hecho antes—. ¡Andrew Carter era su nombre! —exclamé al rato—. Coincide, como coincide también con la descripción física que me facilitaste.

—A mí no me hacen falta esos datos, Jack. Aunque me hubiera dado un nombre falso, le habría reconocido. Me basta la fotografía. ¡Es él!

Me recosté preocupado en el asiento, el periódico todavía en mis manos.

—¿Qué piensas?

—Aquí se dice que los atracadores lo llevaban todo minuciosamente estudiado, como si de antemano conocieran todos los detalles. Curioso, ¿no?

—En eso también me fijé yo.

—Y se apunta, en declaración del compañero de Andrew Carter, que no hay explicación lógica para la muerte del tal Andy. Fue a sangre fría, innecesariamente.

—Está claro. Buscaban cerrarle la boca.

—Sí.

—Ahora ya van encajando las piezas.

—Se ve más lógica a todo, efectivamente —asentí—. Baxter ha colaborado en este robo, al menos. Ya hay una posible explicación para lo que te ocurrió. Baxter te utilizó como gancho para drogar y sonsacar a Andrew Carter sin que éste sospechara.

—Pero podía haberse valido de...

—De otro método o de otra persona, sí. Pero supongo que no empleó otro método porque le sería luego bastante difícil justificar ante el tal Andy el tiempo muerto. Y por supuesto no podía actuar a cara descubierta y luego liquidarlo, pues hubiera levantado la liebre y el atraco no se podría haber llevado a efecto. Por otro lado, te escogió a ti y no a una chica cualquiera, con menos escrúpulos, porque imagino que realmente tú le debías gustar al tal Andy. Por tanto, eras el señuelo ideal. ¿Comprendes?

—Sí. Pero al final le mataron.

—Por supuesto. Después del robo el tipo podía sumar dos y dos. Ella cabeceó.

—Ahora ya sé lo que Morgan se llevaba entre manos —torció el gesto—: el atraco.

—Por eso ha desaparecido. Pero hay algo extraño en todo esto...

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué robó a Tuttle? Acababa de cometer un atraco por un cuarto de millón.

¿Para qué ponerse a mal con Tuttle por unos miles?

—Bueno, él no pudo ser uno de los atracadores. A esas horas estaba en el club.

—Sí, claro. Serían tres tipos con redaños, escogidos, duchos en estas lides. Pero sigue extrañándome eso del dinero de Tuttle.

—A mi me extraña otra cosa: que Morgan haya sido capaz de idear un atraco, contratar gente y todo eso.

—Sí —convine—. Demasiado para un hombre que hasta ahora únicamente se había atrevido a transgredir la ley montando un tinglado de apuestas.

—No me lo imagino, la verdad.

—Y hay otro punto: Latham.

—Bueno, Tuttle dijo que...

—Sí, podía ser el policía corrupto del que habló Tuttle. Se llevaba bien con Baxter, éste le insinuó algo o aquél lo averiguó por su cuenta, no llegaron a un acuerdo, discutieron y Baxter acabó matándolo. Sí, puede haber sucedido así.

Ella me miró.

—¿Qué vamos a hacer?

Durante unos segundos permanecí en silencio, doblando el

periódico. Por muchas cábalas que hiciéramos, responder a eso era lo más importante.

—Podemos ir a la policía, pero no tenemos pruebas, es tu palabra únicamente y con toda seguridad pensarán que es una forma de despistarles. Algo de eso me insinuó Ketchum cuando le hablé de la posible corrupción de su compañero. Además, con el golpe que le he dado...

—¿Entonces?

—Por nuestra cuenta y riesgo podemos hacer algunas averiguaciones.

—¿Cuáles?

—Conocer algo más del tal Andy. Baxter tuvo que saber de él de alguna forma...

—Dijo que era aficionado al juego, cliente de su tinglado de apuestas.

—Bien. Por ahí podemos empezar. Lo comprobaremos. Conozco a algunos corredores de apuestas. Voy a ponerme en contacto con uno de confianza.

Puse el coche en marcha nuevamente, abandonando aquel callejón.

—¡Allí hay una cabina! —me señaló Martha.

Busqué un lugar no prohibido para aparcar, pues no quería llamar la atención de ningún patrullero, y seguidamente encaminé mis pasos hacia el teléfono público. En un par de ocasiones miré mi entorno, pero no vi nada sospechoso.

Poco después me ponía en contacto con el bar de Benny. El mismo dueño era un importante corredor de apuestas al que yo había sacado de más de un apuro económico.

—Hola, Jack, ¿qué hay?

—Benny, necesito tu ayuda.

—Sabes que la tienes.

—Quiero saber quién llevaba las apuestas de un tal Andrew Carter.

—Hum. Con tan pocos datos es muy difícil. Tardaré.

—Tengo algo más. Jugaba en el tinglado de Baxter.

—Malo. Eso apesta ahora. Todos los que se movían por allí se han escondido bajo las piedras. ¿Sabes que ha caído?

—Sí. Pero no importa. Te daré cien. Es urgente.

—Bueno, dame media hora.

—Veinte minutos.

Colgué.

Cuando Martha supo que había que esperar, propuso que fuéramos a comer algo.

—Allí hay un *snack*. No creo que tengamos tan mala suerte de tropezamos a la policía.

—Vamos —decidí.

No había mucha gente. Nos acomodamos en un extremo de la barra, despachando unas hamburguesas con cerveza. Nadie se preocupó de nosotros.

—¿Tú crees que debemos meternos en este lío?

—Ya estamos metidos, nena. Intentamos mantenernos al margen, esperando resultados, y no nos dejaron. La policía por un lado, Tuttle por otro...

—Me asusta todo esto, Jack —confesó tras apurar la jarra de cerveza—. Nunca me había visto en una situación así. Cuando pienso fríamente en ello, me horrorizo. A qué mala hora acepté hacerle ese favor al cerdo de Morgan...

—No pierdas los nervios.

—Lo intentaré.

—Además, posiblemente no consigamos nada. No creo que Baxter y esa gente todavía esté aquí.

—¿Por qué no? Si tienen un buen escondite... mejor esperar a que todo se calme y los controles policiales disminuyan, ¿no te parece?

Tuve que admitir que era bastante lógico. Y eso me animó a seguir con mi idea.

Cuando volví a llamar a Benny, éste ya tenía noticias para mí.

—Has tenido suerte, Jack. Se trata de un tipo llamado Herbert Wilson. He hablado con él. Te espera en los billares de la esquina de la calle 44 con la avenida 5, eso está cerca del Sunset Park.

—Lo conozco.

—El llevará corbata azul. Es un tipo rechoncho, de mediana edad. Le dije que le pagarías bien. Por eso ha aceptado salir del agujero.

—Gracias, Benny.

Nos trasladamos hasta el lugar indicado. Encontré un buen sitio

para dejar el coche con Martha, junto al parque.

—No tardaré —le prometí.

El local no era muy grande, había bastante parroquia y el ambiente estaba cargado. Me costó algo localizar a mi hombre. Se encontraba entre unos curiosos que asistían expectantes a una disputada partida de billar.

Me coloqué a su espalda.

—Hola, Wilson.

El tipo se volvió muy sonriente, dándome una palmada en el hombro.

—¡Jack, cuánto tiempo sin verte! ¿Qué cuentas?

Me empujó hacia un rincón solitario, invitándome seguidamente a fumar.

—Benny me dijo que hay dinero.

—Sí... si la información lo vale.

—El asunto no me gusta —me ofreció también fuego—. He visto la foto de Andy en el periódico. Murió en un atraco.

—Así es.

Exhaló una bocanada de humo, sin perder su sonrisa.

—¿Y qué quiere?

—Saber cosas de él... sobre todo cosas que le pudiera relacionar a Baxter. Usted le conoce, supongo.

—Claro. Ésa es otra cosa que me tiene preocupado y asustado. Baxter ha desaparecido y su tinglado del club ha sido descubierto.

—También lo sé. Pero vayamos a Baxter y Carter. Se conocían, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes cómo se conocieron?

Ensanchó más aún su sonrisa.

—Yo los presenté. —¿Cómo fue eso?

—Baxter me lo pidió.

—¿Por qué?

—Me dijo que era simple curiosidad, que lo solía hacer con clientes habituales. Yo no profundicé.

—¿Y qué paso?

—No sé. No hablé del tema con ninguno de ellos. Sólo una vez me comentó Carter que le gustaba mucho la cantante del club, pero yo le advertí que era fruto prohibido, pues era amigueta de Baxter.

—¿El no tenía ninguna chica?

—Salía con una pero la dejó. Yo les vi un par de veces. A ella la conocía de vista. Una fulana. Al final acabaron discutiendo.

—¿Por qué?

Sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—Era una interesada, según él.

—¿Quién era ella?

—Se llama Dorothy. Yo la conocía de cuando trabajaba en el «Pecos», es un antro de la Pitkin Avenue. Pero ahora ya no está allí.

—¿Dónde?

—No lo sé. No me he interesado nunca. Pregunte allí.

—Bien. Volvamos sobre Carter. ¿Cree que pudiera tener algo que ver con el atraco?

—¿Eh? —se sorprendió—. No. ¿Carter? No.

—¿Y Baxter?

—No lo sé. Últimamente se le veía bastante desquiciado. Pero debían ser los negocios... No, no creo que Baxter organizara un golpe así. Eso ha sido cosa de profesionales. ¡Oiga! —saltó de pronto—. ¿Está pensando que hay relación entre el atraco, Baxter y Carter?

—Es posible —admití.

—¡Diablo!

—¿Qué te parece?

—Mmm... No es descabellado, pero sigo pensando que Baxter no es hombre para una empresa así.

—En eso estamos de acuerdo, pero ha podido colaborar...

—¿Cómo?

No le dije lo que sabía.

—La cuestión está en saber quién más puede estar metido en este golpe —fue mi respuesta.

El corredor de apuestas achicó los ojos, como si recordara algo.

—Tal vez... tal vez la chica ésa tuviera alguna relación.

—¿Dorothy?

—Me comentó en una ocasión que le hacía muchas preguntas sobre su vida, su trabajo... y al final acabó descubriendo que había otro hombre. Luego todo su amor era mentira. ¿Por qué ese interés por él? Carter no era un hombre rico, que es la especie que suele perseguir esa clase de mujeres.

—Interesante, Wilson. Creo que voy a intentar localizar a esa mujer. A lo mejor descubro alguna conexión con nuestro amigo Baxter. ¿Usted no sabe dónde puede estar?

—¿Quién: él o ella?

—El.

—Ni idea.

—Ella trabajaba en el «Pecos» de la Pitkin Avenue, ¿no me dijo eso?

—Exacto.

—Bueno, eso es todo. ¿Le parece bien cien dólares?

—De perlas —le brillaron los ojos.

Dejó caer el resto del cigarrillo, lo pisó y en seguida se hizo cargo de los billetes, guardándoselos. Luego me miró con fijeza, diciendo:

—Oiga, Benny me dijo que usted no es policía...

—En efecto.

—Pero no me aclaró cuál es su interés exacto en este asunto.

—Ya se lo contaré otro día, Wilson. Ahora tengo prisa. Gracias por todo.

Lo dejé un poco chasqueado. Afuera, en la calle, me esperaba impaciente Martha.

—Estaba a punto de entrar. Tanto tiempo...

—Vamos al coche. He encontrado una posible pista.

—¿De qué se trata?

Le fui explicando todo camino de la Pitkin Avenue. Eso se encontraba prácticamente en la punta opuesta, por lo que tuvimos que atravesar todo Brooklyn.

Cuando llegamos, Martha se quedó nuevamente en el coche y yo me adentré en el lugar, que no parecía muy recomendable. Olía mal y las fulanas te miraban descaradamente desde la barra, algunas haciendo sonar sus pulseras para llamar más la atención.

Herbert Wilson lo había definido con bastante acierto: un antro.

Rápidamente, sin darme tiempo a hacerme cargo de cuanto por allí pululaba, se me colgó una chica del brazo. Era joven, trigueña, de opulentos senos.

—Hola, guapo.

No le hice mucho caso, desparramando mi mirada por todo el local.

—¿No está Dorothy? —pregunté haciéndome el sorprendido.

La trigueña frunció el ceño.

—¡Oye! ¿De dónde sales tú? Hace tiempo que Dorothy se fue de aquí.

—Oh, vaya.

—¿Cómo no lo sabías?

Compuse una sonrisa amarga.

—Estuve en la sombra.

—Pobre muchachito —me acarició—. Yo te haré recordar los buenos tiempos. Eve no defrauda.

—Pero ¿qué ha sido de Dorothy?

—Olvidala.

—He venido por ella.

—Ya no te hará caso. Se marchó tras su gorrión.

—¡No me digas! —exclamé—. Creí que era libre. Siempre me dijo que no dependía de nadie.

La tal Eve sonrió.

—Porque el gorrión estaba en la jaula. Pero cuando salió, la recogió y se la llevó.

—Yaya con el tipo.

—Anda, vamos a un reservado, guapo. ¿Acaso Dorothy tenía algo que yo no tuviera? Me dejé arrastrar con la intención de sonsacarla más. Tenía que averiguar el paradero de Dorothy y su amigo.

—Desde luego que no, encanto.

—Mmm...

Pensé en Martha, sola en el coche, mientras la trigueña me demostraba lo cariñosa que podía ser.

No sin cierta dificultad logré apartarla.

—Me gustaría saber el nombre del afortunado que se llevó a Dorothy.

—¿Es que no la vas a olvidar? —exclamó fastidiada.

—Es la chica con la que he estado soñando estos años... —musité con nostalgia—. Pues no tienes nada que hacer. Si eres del gremio, habrás oído hablar de él. Es un tipo de cuidado.

—¿Quién?

—Joe Bishop, el Rata.

CAPÍTULO X

Fue como un chispazo en mi cerebro.

¡Joe Bishop, el Rata!

¿Dónde había escuchado ese nombre?

Hice un brutal esfuerzo de memoria mientras ella llenaba los vasos de *whisky*. De pronto, lo recordé. Ese nombre lo había pronunciado el detective Ketchum en mi casa, cuando salió a relucir la muerte de Latham.

«—... Últimamente estaba muy afectado por la muerte de un compañero, buen amigo suyo —había dicho refiriéndose a Lewis Latham—. Se cree que lo mató un tal Joe Bishop, alias el Rata, especialista en robos, pero no hubo pruebas. Lewis estaba empeñado en conseguirlas en sus ratos libres. Pero tampoco esto parece tener relación con Baxter». ¡Y era especialista en robos!

Todo comenzaba a tener más sentido.

—Sí, creo que le recuerdo —dije, aceptando el vaso de *whisky* y bebiendo un trago—. ¿No se metió en un lío por la muerte de un policía?

—En efecto —asintió ella—. Pero no se lo pudieron probar. Sólo lo condenaron por asalto.

—Es muy listo.

—Sí. Anda, bebe, cariño.

Hice todo lo contrario: dejé el vaso sobre la mesa. Ella me miró con mala cara.

—¿Qué te pasa?

—Quiero volverla a ver.

—Oye, pareces un niño pequeño, caprichoso.

—¿No sabes dónde está?

Le mostré unos cuantos billetes. Los ojos le brillaron más que a

Wilson unos minutos antes.

—Te puedo dar su dirección, pero no te aseguro que la encuentres.

—Lo intentaré.

Vivía no muy lejos de allí, en Newport Street, en el mismo barrio de East New York. La tal Eve se contentó con el dinero y yo me libré de ella.

Martha, al verme, compuso un mohín de disgusto y dijo secamente:

—Límpiate la pintura del cuello.

—Oh.

Saqué un pañuelo y lo hice.

—¿Lo pasaste bien? —me preguntó mirando hacia el frente.

—Bueno, verás... —Le hice rápidamente un relato de lo sucedido, para finalizar diciendo—: Ahora estamos en el buen camino.

Desapareció parte de la tirantez.

—Ese Bishop puede ser el cerebro, ¿no?

—Sí.

—Pero falta el nexo de unión entre él y Baxter.

—Se conocerían de algo.

—Yo no oí nombrar nunca a Bishop.

—Pronto lo sabremos.

La tal Dorothy vivía en un modesto edificio de apartamentos, encima de un negocio de venta de recambios de automóviles. La puerta del edificio estaba abierta, por tanto no fue necesario que recurriera al interfono. Mientras subía en el ascensor, tras saber por el buzón su número, no dejé de pensar con una sonrisa en las últimas palabras de Martha:

—No hace falta que te muestres cariñoso. Como tardes, subiré.

La suerte estuvo conmigo, pues nada más llamar, se abrió la puerta. Una mujer morena, alta, delgada, con cierto atractivo, envuelta en una bata casera, quedó frente a mí.

—Tú eres Dorothy, ¿verdad? —aventuré.

—Sí.

—Quería hablar contigo. Me llamo Jack y me envía una amiga tuya del «Pecos». Eve —dije con la intención de confiarla.

—Oh, Eve. Buena chica —exclamó—. Adelante.

Se hizo a un lado, franqueándome el paso. Yo me adentré sonriente y justo entonces un tipo que no sé de dónde diablos salió cayó sorpresivamente sobre mí, golpeándome en el cuello de una forma salvaje.

* * *

Me derrumbé como un saco de patatas, incapaz de tenerme en pie. Allí en el suelo sacudí la cabeza un par de veces, traté de recuperarme, pero fue imposible. Sólo pude levantar la mirada y entre nubes algodonosas vi a un tipo corpulento, joven, que me apuntaba con una pistola. A su lado, Dorothy sonreía.

—Anda, vamos adentro.

—Si no puedes caminar, arrástrate.

Ella fue la última en hablar, propinándome al mismo tiempo una patada en el trasero. Conseguí por fin erguirme un poco. A trancas y barrancas llegué al *living*, dejándome caer como un plomo sobre una de las butacas.

Mi visión ya era mejor. El tipo en cuestión debía tener unos treinta años, era rubio, de piel blanca y pecosa, ojos claros y empuñaba con firmeza el arma.

Ella vino hacia mí, volviéndome a patear.

—No me gustan los fulanos que sin conocerme de nada van haciéndose pasar por mis amigos —masculló.

En seguida comprendí.

—Te llamó Eve —balbuceé.

—En efecto.

—No sabía que fuerais tan amigas.

—No le acabaste de gustar a Eve y me telefoneó. Daba la casualidad de que Tommy se encontraba con migo y le pedí que me ayudara.

—Bueno... —dije por decir algo.

—¿Cuál es tu interés en mí, muñeco?

Inspiré profundamente.

—Busco a Joe —respondí.

—¿A Joe? ¿Por qué?

—Porque busco a Baxter.

—¿A Baxter?

—¡Maldita sea, nos está liando! —farfulló el rubio.

—Voy a registrarle —decidió ella—. No le pierdas de vista, Tommy. Si se mueve, déjalo seco.

Desde luego, no me moví, permitiendo que la muchacha se quedara con todo lo que llevaba en los bolsillos. No había nada de interés. Por mi carnet de conducir confirmó mi nombre.

—Empecemos de nuevo —dijo—. ¿Por qué me buscabas?

—Para encontrar a Joe.

—¿Y para qué quieres a Joe?

—Para encontrar a Baxter.

—¡Maldita sea, ya empieza! —rugió el rubio.

—Cálmate, Tommy. Tú, Taylor, sigue. ¿Por qué buscas a Baxter?

—Ha desaparecido.

—¿Qué? —se sorprendió—. No es posible. Si él iba a seguir con su negocio por el momento...

—Me parece que vosotros no habéis comprado el periódico ni habéis salido de casa.

—No...

—A Baxter se le acusa de la muerte de un poli. El cadáver apareció en su *bungalow*. Por otro lado, le han precintado el club tras descubrir su tinglado de apuestas. No soy el único que está interesado en él. La policía también.

—Hum. ¿Y cómo has sabido de Joe y de mí?

—Bueno... —Me pasó una mano por los cabellos—, supe que Baxter tenía relación con Joe Bishop. Por eso intenté localizar a éste, supe de ti y...

—No te creo —dijo de pronto, muy seria—. No entiendo por qué mentiste a Eve. Algo ocultas.

—De veras que no. ¿Dónde está Baxter?

—Si eres amigo de él, cómo no sabes su paradero.

—Bueno, hay amigos y amigos —sonreí un poco forzosamente—. Creo que Baxter no era muy sincero conmigo últimamente. Y es lo que estaba tratando de averiguar. ¿Qué es lo que os lleváis entre manos?

—Nada.

—Ahora soy yo el que no te cree, Dorothy. Vosotros sí estáis ocultando algo.

—¿Lo liquido? —preguntó el rubio—. Joe decidirá.

—¿Dónde está Joe? —pregunté yo.

—Cállate —ladró el tal Tommy—. Y guárdate las energías para cuando Joe vuelva.

Ahí terminó toda la conversación. Ella se sentó en una butaca, aburridamente, se descalzó y comenzó a mover los deditos de los pies. El rubio, por su parte, permaneció en pie, sin quitarme ojo.

El tiempo se fue desgranando lentamente.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

CAPÍTULO XI

Los dos respingaron a la vez porque no esperaban una llamada. Es de suponer que Joe Bishop debía llevar llave.

Yo, en cambio, sí esperaba aquella llamada. Y aproveché ese instante para lanzarme de cabeza contra el rubio.

Lo cogí de sorpresa, arrastrándolo por media habitación. Finalmente tropezó de una forma brutal contra un mueble, aulló porque su columna vertebral debió sufrir el impacto y se quedó a mi total disposición. Le retorcí la mano armada y le coloqué un par de puñetazos en el rostro.

Pero Dorothy ya estaba encima de mí, como una gata, con sus largas y afiladas uñas dispuesta a marcarme para toda la vida. Nada más sentir sus zarpas, me revolví con violencia, lanzándola lejos de mí.

Entonces volví a ocuparme del rubio, que se encontraba tambaleante, resoplando.

Tomé el arma del suelo y le golpeé con ella en la cabeza.

Se desplomó cuando Dorothy ya volvía a la carga. El cañón de la pistola la frenó en seco.

—¡No...! —gimió, temiendo que disparara.

Mi mano izquierda buscó sus cabellos.

—Me han hecho mucha gracia tus patadas, ¿sabes? —le dije, tirando con cierto deleite.

—¡Aggg!

—Anda, vamos a abrir la puerta.

La arrastré sin hacer caso de sus gritos y protestas hasta el vestíbulo. Como suponía, la persona que había llamado era Martha.

Una Martha impaciente, intranquila.

—¡Jack! —exclamó al verme con la pistola y la mujer—. ¿Qué

ha pasado?

—Has sido muy oportuna, querida. Ahora te contaré.

Volvimos al *living*, comprobando que el rubio continuaba en el mundo de los sueños. Empujé a Dorothy hacia una butaca y sin perderla de vista procedí a relatarle a Martha lo sucedido.

—Y en seguida vamos a conocer los detalles —finalicé, avanzando lentamente hacia la abatida Dorothy.

La amiga de Bishop me miró con cierto temor.

—Voy a ir al grano, encanto —le dije—. ¿Fuisteis vosotros los que disteis el golpe al furgón?

—¿Eh? —se sorprendió.

Nuevamente la cogí de los cabellos.

—¡No, por favor! —suplicó.

—¿Sí o no?

—¡Sí!

—Eso está mejor —la solté. Tenía lágrimas en los ojos—. Fue Joe quien lo planeó todo, ¿verdad?

Ahora asintió con la cabeza.

—Tú tenías que liarte a Carter y sonsacarle la información que os era necesaria...

—¿Cómo sabes de Carter...? —siguió asombrándose—. ¿Quién eres en realidad?

¿Policía?

—Las preguntas las hago yo. Fue así, ¿verdad?

—En efecto, pero fracasé. Bueno, en realidad tuvo la culpa Joe. No podía estar sin mí... y al final nos pilló Andy.

—Y entonces pensasteis en Baxter.

—Sí.

—¿Por qué?

—Sabíamos que Carter era jugador y tenía relación con el tinglado de Baxter. Y daba la casualidad que Joe y Baxter se conocían de su época juvenil. Se habían criado en el mismo barrio. Así que Joe se presentó ante Baxter le recordó los viejos tiempos. Sabía que estaba en apuros. Y fue fácil convencerle para que entrara en el negocio y colaborara, quería independizarse de un socio que había tomado a la fuerza...

—Tuttle, ¿no?

—Creo que era el nombre, no recuerdo bien.

—Ya, Entonces se planeó cómo sonsacar a Carter. Se supo que estaba colado por la cantante del club y se le buscó una cita con ella para...

Dorothy miraba fijamente a Martha.

—¿Fue... fue ella?

—Sí.

—Entonces lo habéis imaginado al conocer lo del atraco.

—Así es.

—Ya le dijo Joe a Baxter que había que eliminarla, pero Baxter dijo que no hablaría, que era de confianza. Malditos. Queréis una parte, ¿no?

Sonreí.

—Lo queremos todo.

—Estáis locos.

—¿Dónde están Baxter y Joe?

—No...

—No empieces a mentir, encanto —le advertí.

—Bueno, ahora deben estar reuniéndose.

—¿Cómo es eso?

—Tras el atraco, Joe llamó a Baxter para comunicarle que todo había salido bien.

Entonces se citaron para esta noche. Baxter tiene que recibir su parte.

—¿Dónde es la cita?

—Mmm...

—¡Vamos, habla! —apremié.

—En los muelles de South Brooklyn, allí hay una pequeña nave abandonada. Se almacena chatarra de barcos.

—Podíamos esperar a que Joe Bishop volviera —sugirió Martha.

—No. Tendríamos únicamente a Bishop. ¿Y Baxter? En cuanto tenga el dinero, escapará.

—¿Bishop llevaba el dinero consigo? —le pregunté a Dorothy.

—Lo escondimos allí, tras el atraco. Está todo allí.

—Muy bien. Busca por ahí cuerdas o sábanas, Martha, algo con lo que atarles y amordazarles.

Ella cumplió rápidamente. Entretanto aún me quedaba alguna pregunta para Dorothy.

—¿Qué sabes de un policía llamado Lewis Latham?

—No sé... Me suena el nombre, creo que se lo he oído nombrar a Joe... Pero ahora no caigo...

—¿Estás segura?

—Lo juro. ¿Ése es el hombre que... que murió en el *bungalow* de Baxter?

—Sí.

—No sé nada de eso, de veras. Sería cosa de Baxter, por su cuenta y riesgo.

—Pero Latham estaba interesado en Joe.

—¿Sí? Pues Joe no se ha despegado de mí desde el momento del atraco.

Martha ya se había encargado del inconsciente rubio. Yo la ayudé con Dorothy.

—Hay otra cosa —dije antes de amordazarla—. Fueron tres los atracadores. Uno Joe, el otro ese rubio... ¿y el tercero? Tú no fuiste, no se habla de una mujer.

—El tercero es John Lang —confesó—. Se fue con Joe, acompañándolo.

—Ajá. ¿Te lo habías callado para ver si con un poco de suerte me veía sorprendido?

—No... —musitó, temerosa de mi ira.

—Anda, tápale la boca, Martha.

Seguidamente tuve que convencerla para que se quedara allí, vigilando al rubio y a Dorothy, pues prefería ir solo al lugar de la cita.

—Es mejor así —tomé nota del teléfono de la amiga de Bishop—. Si dentro de una hora no me he puesto en contacto contigo, llama a la policía y Cuéntaselo todo.

—Pero Jack...

Me desentendí para que no acabara convenciéndome. Me eché el arma al bolsillo y salí del apartamento. Poco después rodaba hacia los muelles de South Brooklyn.

La noche era propicia para una cita de tal calibre, sobre todo en aquel sitio. Silencio, oscuridad, soledad. Sólo algún gato perdido.

Detuve el coche mucho antes de llegar, no fuera a escucharse el ruido del motor.

Caminé lentamente. Una suave brisa alborotaba los cabellos, trayendo el olor del mar. La nave la divisé en seguida, pues no tenía

ningún rótulo y la puerta estaba abierta.

Me acerqué con el máximo de precauciones. Justo cuando me asomé al interior, oscuro como boca de lobo, una bronca voz preguntó:

—¿Baxter?

Me quedé quieto, silencioso, esperando que alguien se moviera o diera la cara.

Fueron unos segundos tensos, durante los cuales el corazón se me aceleró.

No sucedió nada. Mi vista ya se estaba acostumbrando a la oscuridad. Decidí dar un paso más adelante, el arma ya empuñada.

Entonces surgió otra voz a mi izquierda, una voz chillona, desesperada:

—¡No es Baxter! ¡Fuego contra él!

* * *

Me lancé al suelo en perfecto plongeón, esquivando las balas. Sólo se escuchó su silbido porque los tipos empleaban silenciador.

Yo no.

Con la pistola del rubio disparé un par de veces, guiándome por unos fogonazos que había visto.

Fueron como dos truenos. Y después de su ensordecedor ruido, se oyó un grito de dolor.

Un segundo más tarde una voz:

—¡John!

Y a continuación el silencio.

Me pegué a una de las paredes, conteniendo la respiración. Suponía que le había dado al llamado John y que el que quedaba con ganas era Bishop.

No escuchaba nada. Todo estaba quieto en el interior. Se veía la chatarra amontonada de una forma anárquica.

Finalmente decidí moverme, nervioso, y busqué la protección de un casco de barco herrumbroso. De pronto, algo así como una chispa brotó de él.

Estaba claro. Bishop me había visto y acababa de disparar. La bala había originado aquella especie de chispazo al rozar el casco.

Corrí ahora hacia mi derecha, antes de que nuevas balas buscaran mi cuerpo, acucillándome junto a unos mástiles

semidestrozados. Sin darme cuenta tropecé con un trozo de ancla. La tomé con la zurda, sopesándola. No me lo pensé mucho y la lancé con fuerza hacia mi izquierda.

Organizó un gran estrépito.

Joe Bishop era más nervioso que yo y se precipitó, asomando para disparar.

En esta ocasión le vi e hice fuego.

Una sola vez bastó. El arma voló de su mano casi como por arte de magia.

Luego, corrí hacia él, poniéndole el cañón en las narices, antes de que pudiera recuperar su pistola.

—¡Quieto! —le conminé, jadeando.

No se movió, únicamente miró su diestra, apenas herida por la bala.

—Maldito Baxter. Ésta ha sido una sucia jugada suya. Lo quiere todo, ¿eh?

Me fijé bien en él. Llegué a la conclusión de que le habían puesto bien el alias. Tenía todo el aspecto de una rata.

—Ahí tienes el dinero —me señaló una maleta que había junto a él—. Pero no me mates.

—Te equivocas, Bishop —le dije—. Esto no es cosa de Baxter.

—¿Qué? —se sorprendió.

—Esto es cosa mía. Tengo a tu amiguita Dorothy y a tu compañero Tommy a buen recaudo. Se ha acabado todo. Ahora esperaremos a Baxter y...

Dejé la frase en suspenso.

—¿Es... policía? —preguntó asustado.

—No.

—Pues... no lo comprendo...

Le di algunos detalles rápidamente. Al final abrió unos ojos como platos.

—¡No sabía nada de eso! Así que Baxter mató a ese pesado de Latham...

—¿Después del atraco no has vuelto a hablar con Baxter?

—No. De veras. Quedamos aquí para esta noche. El pensaba continuar en su sitio. No entiendo cómo se entrometió Latham con él para que tuviera que matarlo...

—¿No se conocían entre ellos? ¿No era Latham el policía que le

informaba a Baxter de las redadas?

—¡Qué va! Si fuera así, me lo habría dicho. Además, ese Latham era intachable, siempre por el camino de la ley. No, está equivocado. Posiblemente Latham, al seguirme sin darme yo cuenta, sospechara algo y tratara de forzar a Baxter... y éste tuvo que matarlo.

—Sí, pero es extraño que Latham lo recogiera con su coche... si no se conocían de nada.

—Seguro que no.

—Bien. Ahora cuando aparezca Baxter nos acabará de aclarar el asunto. Sigue faltando un policía corrupto. ¿A qué hora quedaste con él?

—Ya hace diez minutos que debía estar aquí. No sé por qué tarda tanto. ¿No quiere ver el dinero? Tal vez llegáramos a un acuerdo...

Se movió con naturalidad cogiendo la maleta y abriéndola para mostrarme los fajos de billetes. Lo malo es que allí llevaba un pequeño arma que empuñó con una endiablada rapidez, prácticamente sin darme tiempo a reaccionar.

Y sonó el disparo.

CAPÍTULO XII

Para asombro mío y de Joe Bishop, fue él, precisamente el Rata, quien se ganó el plomo. El disparo había brotado a mi espalda, acertando mortalmente al atracador. Con los ojos extraordinariamente abiertos por la sorpresa, se derrumbó.

Yo solté el arma y levanté los brazos, comprendiendo. Había sido un idiota no preocupándome de la entrada.

—Está bien, Baxter —dije—. Usted ha ganado.

Una sombra se fue alargando en el suelo. Escuché los pasos. Por fin me rodeó y me dio la cara.

—¡Ketchum! —exclamé.

El detective sonrió, el revólver todavía empuñado.

—¿Cómo usted aquí?

—Nunca le perdí de vista, Taylor. Todo lo que hice en el coche fue una pantomima por mi parte, con el fin de que usted se sintiera libre y fuera a reunirse con la chica..., así la pescaría. Pero luego pensé en seguirles la corriente, a ver adónde llegaban.

—Bueno. Bienvenido sea. Mejor será que nos escondamos. Baxter está al llegar.

—Baxter no vendrá —dijo casi lúgubremente.

Automáticamente arqueé una ceja.

—¿Por qué?

—Está muerto.

—¿Eh?

—Ha aparecido en el río. Tenía un balazo en la nuca.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Quién lo ha matado?

—¿Es que no lo entiende? —Acentuó su sonrisa—. Baxter no mató a Latham... porque Latham no era el policía corrupto.

—¿Entonces...?

—El policía corrupto era otro. Latham, al seguir a Bishop, lo descubrió casualmente y eso le costó la vida. De paso, liquidó también a Baxter, haciéndolo desaparecer momentáneamente para organizar un monumental lío... y hacerse con el dinero del atraco al furgón.

—Entonces... —desorbité los ojos—, ¿es usted!

Por toda respuesta, Thomas Ketchum, detective de policía, levantó el brazo armado, me apuntó y disparó.

EPÍLOGO

El club estaba lleno a rebosar, adornado con sus mejores galas para celebrar la vuelta de su más querida estrella: Martha Caldwell.

Bajo un redoble de tambor apareció ella en escena, radiante, hermosa, sonriente, sin ningún resto de sus lesiones. El ajustado y reducido vestido de lentejuelas resaltaba su magnífica anatomía. Baxter quedaba muy atrás.

El público premió su sola presencia con un nutrido aplauso.

Ella agradeció esta muestra de cariño con una ligera inclinación de cabeza. Al instante siguiente se dispuso a interpretar su primera canción, entre un silencio expectante. Su voz resonaba maravillosamente por todo el local. La gente la contemplaba embelesada.

Cuando finalizó, los aplausos se multiplicaron.

Para su siguiente canción, tomó el micrófono manual que le permitía mayor movilidad. Era una canción cálida, de amor, que fue interpretando mientras serpenteaba por entre las mesas. Incluso de vez en cuando se aproximaba a los hombres, casi rozándoles con su cuerpo y su aliento, sin importarle la presencia de sus mujeres, a las que dedicaba una simpática y cómplice sonrisa.

Fue una actuación prodigiosa, con la que reafirmó su calidad y se metió en el bolsillo a toda la clientela. Por sus miradas se adivinaba que la seguirían fielmente hasta el fin del mundo.

Aún entre los aplausos del público, Martha Caldwell abandonó el micrófono para encaminarse directamente a la mesa donde yo me encontraba.

Se inclinó y depositó un dulce beso en mis labios.

—¿Qué te ha parecido, querido?

—Sensacional.

Se sentó a mi lado, exclamando:

—¡Oh! ¡Me siento como nueva!

—Y yo feliz de que todo acabara bien. Aún hoy, pensando en el final, allá en los muelles, no me creo que esté vivo.

—Debió ser terrible.

—Vaya que sí.

—La culpa fue nuestra por obcecarnos con la idea de que Baxter estaba vivo, escondido en algún lugar, y que Latham era el policía corrupto de que habló Tuttle.

—Era lo lógico. Realmente, el asesino jugó muy bien sus cartas. Según confesó, Latham cometió la ingenuidad de comentarle que le había visto con Baxter, cerca de la salida posterior, en actitud secreta, en una de sus visitas al club, mientras vigilaba las andanzas de Bishop. Eso le hizo sentirse en peligro y concebir el maquiavélico plan: deshacerse de Latham —un peligro si llegaban sus comentarios a compañeros o a superiores, pues podía significar una investigación por parte de Asuntos Internos—, y también deshacerse de Baxter, gracias a lo cual se desprendía del molesto chantaje que era objeto por parte de éste. Así que convenció con una tontería a Latham para que le acompañara al *bungalow* de Baxter y allí lo mató. Luego tomó el coche de Latham y se presentó en el club para recoger a Baxter, a quien había citado para un supuesto informe. Eso sí, procurando que alguien viera al menos el coche. Le interesaba para liar más el asunto —hice una pausa para tomar aire—. Baxter, cuando vio que era una trampa e iba a matarlo, le imploró piedad y le ofreció el dinero que tenía para Tuttle, cosa que el otro aceptó. Pero igual decidió matarlo. Entonces Baxter, aterrorizado, le habló de más dinero, mucho más. El otro le tiró de la lengua con el camelo de que le perdonaría la vida y así supo del atraco y la cita para aquella noche en la pequeña nave abandonada de los muelles. De pronto se dio cuenta que siguiendo su primitivo plan, es decir, matando, podía hacerse rico, muy rico. Y lo llevó a cabo. Mató definitivamente a Baxter, lo tiró al río para que se tardara un tiempo en descubrirse su cadáver, volvió al *bungalow*, dejó el coche de Latham y se marchó en el suyo. Ya sólo tenía que esperar a la noche de la cita, acudir allí en lugar de Baxter, matar a los atracadores tras pegarles un susto con su placa y quedarse con el dinero...

—Sí, era un buen plan.

—Menos mal que en el último momento se trunció —suspiré—. Y todo gracias a...

—¡Mira! ¡Ahí viene!

En efecto, mi salvador se acercaba todo sonriente a nosotros.

—¿Qué tal? —saludó—. Lamento llegar tarde, pero un asunto de última hora... ¿Ha cantado ya, señorita Caldwell?

—Si aguanta un tiempo... —le dijo Martha—, luego volveré a actuar.

—Tengo libre el resto de la noche. Y puedo beber. ¿Hay *whisky* del bueno para mí?

—¡Desde luego! —exclamé, haciéndole una indicación a un camarero—. Al hombre que le debo la vida no le puedo negar nada.

—Gracias.

—Gracias a usted.

—Bueno, no tiene tanta importancia. Desde un principio estaba seguro que Latham no podía ser el policía corrupto. Y eso me tenía preocupado. Luego, gracias al radioteléfono, supe de la muerte de Baxter, noticia que me sirvieron al momento mis compañeros del Departamento, mientras ustedes iban de un lado a otro... y tuve tiempo durante la insólita persecución para pensar y llegar a algunas conclusiones, las cuales le expuse a usted, Taylor, tras liquidar al Rata. Y justo entonces apareció el verdadero asesino. Usted estaba de espaldas y no le podía ver.

—Sí —asentí—. Creí que me disparaba, Ketchum. El susto que me llevé...

—Lo imagino. Pero efectué el disparo por encima de su hombro derecho, alcanzando al traidor oportuna y certeramente.

El camarero ya había traído los vasos y bebidas. Martha escanciaba.

—Bien —dije yo—. Brindemos.

—¿Por quién? —preguntó Martha.

—Por mí —sonrió cínicamente el detective Ketchum—. Soy de los pocos policías, si no el único, que ha tenido el privilegio de pegarle un tiro a un superior y seguir tan campante. Aún me debe estar maldiciendo en la celda el teniente Howard.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.